

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

AÑO XXXIX
NUMERO 614-615
BARCELONA
MAYO-JUNIO
1982



LA ESPERADA VISITA DEL PAPA JUAN PABLO II

SUMARIO

- LA ESPERADA VISITA DEL
PAPA JUAN PABLO II J.M.P.S.
ESCUCHEMOS A QUIEN NOS
HABLA EN NOMBRE DEL SEÑOR
Mon. Guerra Campos
- LA PALABRA DEL PAPA A LOS
OBISPOS DE CATALUÑA
- EL MENSAJE DE NTRA. SRA. DE
FATIMA LLAMA A TODOS LOS
HOMBRES DE NUESTRO TIEMPO
Juan Pablo II
- CONSGRACION DEL MUNDO A
LA VIRGEN Juan Pablo II
- EL CORAZON DE JESUS ESCUELA
DEL CRISTIANO Juan Pablo II
- LA REVELACION DEL CORAZON DE
JESUS EN NUESTRO TIEMPO
Torra y Bages
- EL CORAZON DE JESUS ESTA
CERCA Narciso Torres
- LA OBRA DEL CORAZON DE
JESUS Don Ricardo
- EL CORAZON DE JESUS EN LA
«HAURIETIS AQUAS» DE PIO XII
(De la Obra del Corazón de Jesús)
- RESTAURACION EN CRISTO DEL
ORDEN SOCIAL
Fr. Antonio de Lugo O.S.H.
- UNA OBRA BLASFEMA
IMPREGNADA DE MARXISMO
Santiago Navarro Origel
- «BERNANOS» VIAJE A UNA
EXPERIENCIA RELIGIOSA
Francisco Salva Miquel
- LA SUMA TEOLOGICA Y SUS
CONTRASTES CON LA CIENCIA
M. M. Domenech I
- GOIG DE LLOANÇA A LA MARE DE
DEU DE MONTSERRAT

Con motivo del cuarto centenario de la muerte de Santa Teresa, doctora de la Iglesia, maestra de la vida espiritual, los españoles esperamos vehementemente la visita, tantas veces aplazada, del Pontífice actualmente reinante. Diversos actos se han celebrado y se celebrarán para preparar convenientemente esta importantísima visita deseada por Juan Pablo II y anhelada por todo el pueblo español. CRISTIANDAD desea colaborar a que esta visita tenga el máximo esplendor y la mayor resonancia. Y su colaboración tiene un matiz especial, el que le corresponde como revista seglar al servicio del Reino de Cristo, propagando el ideal de este reinado y dando un juicio eclesial —porque es propio del Pueblo de Dios tener el don de la fe— acerca de todos los acontecimientos. Y acontecimiento es, sin duda, la visita por primera vez del que es cabeza visible de la Iglesia.

En las páginas de este número encontrará el lector dos documentos cuya difusión nos parece que contribuyen a aumentar la responsabilidad de los católicos españoles ante esta egragia visita. El obispo de Cuenca, Monseñor Guerra Campos, en una homilía pronunciada en Madrid, centraba admirablemente la figura de Juan Pablo II, su sentido sobrenatural, su «patriotismo» cristiano, su capacidad de atender a todo lo genuinamente humano desde la perspectiva de la fe. Y señalaba también este obispo los motivos por los que la visita del Papa a España ha de molestar en ciertos ambientes políticos y, también desgraciadamente, eclesiales. A la alegría espontánea de los más ante el anuncio de esta visita hay que anotar, no por su cantidad ni calidad pero sí por su fáctica preeminencia, la actitud de sectores que dan el comentario gris, reticente, condicionante y hasta francamente hostil a esta visita.

En su visita *ad limina* de los obispos de las diócesis catalanas recientemente realizada, en la que expusieron al Papa sus preocupaciones y trabajos en favor de sus respectivos diócesis, fueron recibidos conjuntamente, y escucharon la voz del vicario de Cristo. El breve discurso que les dirigió el Papa es ahora, ante la inminente visita del mismo a nuestras tierras, de gran importancia. En palabras del supremo Pastor de la Iglesia universal, Cataluña es aquella zona de España que tiene

ADMINISTRACIÓN: Lauria, 19, 2.º 1.º. (10)
Teléfono 317 47 33
Director: Fernando Serrano Misas

una larga historia de rica tradición cristiana. *En las raíces profundas de esta tradición de fe hallaron un terreno fértil tantas figuras eclesiales, hombres y mujeres, que vivieron su vida con gran sentido de universalidad y tanto aportaron a la Iglesia.* Estas palabras del Papa han de ser seriamente meditadas por todos los católicos de las diócesis catalanas y, sobre todo, por quienes tienen responsabilidad de pastores de las iglesias locales de Cataluña. Juan Pablo II ha puesto sencillamente el dedo en la llaga de nuestros males recientes. A pretexto de secularización de la vida social se ha olvidado el norte y guía de toda función de Iglesia. Más aún, la misma llamada secularización ha sido en gran medida el resultado de olvidar estos dos polos fundamentales sobre los que el Papa ha insistido. La fertilidad apostólica tiene unas raíces y unos frutos. Sus raíces son la *tradición cristiana de fe*. Sus frutos el bien de la *Iglesia universal*. Así fueron nuestros antepasados y así hemos de ser nosotros. Cataluña dio santos misioneros que salieron de nuestros pueblos de rica tradición cristiana. *Sólo por donde ha pasado España* —decía el Papa a los obispos de la provincia eclesiástica de Toledo— *las poblaciones son mayoritariamente, casi unánimemente, católicas*. Nosotros no podemos olvidar, como lo ha recordado el Papa, que muchos de estos españoles que extendieron la fe por todo el mundo eran precisamente catalanes.

La visita del Papa ha de ser motivo de reencuentro con nuestra rica tradición cristiana de la fe. Las reservas morales, decía el Pontífice a nuestros pastores, son todavía vivas entre nosotros. Con un cultivo intenso son siempre susceptibles de nueva floración de vida cristiana. He aquí el único camino posible hoy. No dar por definitiva la secularización y predicar la fe genuina con miras de Iglesia universal bajo la protección indispensable de María. La fe íntegra, la devoción a María, el bien supremo de la Iglesia. A todo lo que esto se opone sabemos bien lo que es, se disfrace de lo que se disfrace. Y sabemos sobradamente el ropaje con que en nuestra Cataluña se viste este espíritu de mundanidad. Y es precisamente por ello por lo que deseamos libertad para que los católicos puedan tener un contacto vivo, directo, sin exclusiones con la figura evidentemente extraordinaria de Juan Pablo II.

No queremos un viaje recortado, minimizado, condicionado, previamente «interpretado». Queremos que el Papa pueda hablar con libertad de *todos* los grandes temas que afectan al mundo y a la Iglesia, como lo ha hecho en todos los países que ha visitado.

Ante la próxima venida del Papa a España cabe sobre todo una gran labor previa: decir por todos los medios posibles que queremos una presencia espontánea de todos cuantos necesitan ver y oír a quien viene a confirmar la fe de los hermanos. Nada puede condicionar el frutos de esta providencial visita. Nuestra colaboración ha de ser secundar las iniciativas que esperamos ardientemente se promuevan desde nuestros respectivos pastores. Esta visita ha de ser el punto de partida de nuestra floración en frutos de santidad, de ordenación de nuestra escala de valores, de esclarecimiento de nuestras a veces confusas ideas, de levantamiento de nuestro ánimo, de alegría en nuestra fe en medio del mundo.

J. M. P. S.

Escuchemos a quien nos habla en nombre del Señor

Homilía pronunciada por Monseñor Guerra Campos, Obispo de Cuenca, en Madrid, el día 25 de marzo de 1982, en la Misa de Clausura del Ciclo de Conferencias para *Preparar la venida del Papa*, organizado por A.D.U.E.

(Texto sacado en cinta magnetofónica.)

Mis queridos hermanos: Celebramos el inicio de la presencia de Dios, como Hombre entre los hombres, para instaurar su reino de amor, de esperanza, de salvación.

El desciende hasta nuestra condición humana para elevarnos a nosotros a participar de la suya divina y, por eso, desde este primer momento de la Anunciación, brilla ya la trascendencia del humilde *Dios con nosotros*, en la virginidad de su madre.

HAGASE SEGUN TU PALABRA. Esta disposición de la Virgen-Madre es la condición esencial para que el reino de Dios eche raíces en los corazones. Cumplir la voluntad del Padre, como voluntad de amor. **HAGASE EN MI SEGUN TU PALABRA.**

Todos los que digan algo semejante, a lo largo de la historia, acogiendo a Jesús como Dios y don de Dios, con docilidad incondicional, formarán la Iglesia: *la asamblea de los convocados por Dios.*

La Virgen María es ya desde el principio la realización perfecta de la Iglesia; aunque no hubiera más cristianos, en ella existe plenamente la Iglesia y, por lo mismo, es Madre de todos los demás que formamos la Iglesia, a lo largo del tiempo.

Y la Iglesia, como es notorio, en el mundo y sin ser del mundo, igual que Jesús, camina, a través de la oscuridad de la vida, sometida a las tentaciones del mundo. No solamente la tentación del rechazo, de la falsa autonomía orgullosa, sino también la tentación mucho más sutil y peligrosa de la reducción utilitaria de Cristo, el intento de todas las épocas de apoderarse del Señor y rebajarlo a ser un instrumento de nuestros planes humanos y temporales.

Los hombres experimentan el escándalo de la Cruz, como los judíos; lo estiman necedad, como los sabios de este mundo y quisieran o convertir al Señor en una fuerza más al servicio de sus programas, o reducirlo a una idea, a un símbolo de su propia sabiduría humana, en definitiva, rehúyen la Cruz porque rehúyen la docilidad, la conversión y, por lo mismo, renuncian a la esperanza trascendente.

Jesús es, en el mejor de los casos, un profeta; pero no va como en los tiempos clásicos **EL PROFETA PORTAVOZ DE DIOS**, sino la acepción de nuestros tiempos **EL PROFETA PORTADOR DE LAS ASPIRACIONES DE LOS HOMBRES.**

Y todos recordamos que desde el comienzo, conocedor Jesús de esta tentación constante de los miembros de la Iglesia, entre las múltiples opiniones de los hombres contemporáneos, solicitó el dictamen del Padre:

¿QUIEN DICEN LOS HOMBRES QUE ES EL HIJO DEL HOMBRE?

Y todo lo que decían venía a condensarse en esto: **ES UN PROFETA.** Es el anunciador del Reino, es la expresión de las aspiraciones y las corrientes del pensamiento humano.

Y la misión de Pedro fue desde el principio responder que: **NO. JESUS ES MAS QUE UN PROFETA.** Ni es el simple anunciador del Reino, ni es la pura expresión del sentir de los corazones humanos. Jesús es el Rey, el Mesías, el que instaura el Reino: *Dios con nosotros*, y sólo de El se puede decir: Tú tienes palabra de vida eterna.

Esta misión de Pedro se perpetúa, como sabemos mis queridos hermanos. Porque es necesario en todos los tiempos y para el bien de todas las generaciones de la Iglesia.

Si el Papa, como los demás pastores, como todos los cristianos, no es precisamente un heredero ni de Pedro, ni de los Apóstoles, porque todos recibimos directamente de Jesús la vocación, el encargo, la facultad de servirle y de caminar con El hacia la Patria, pero también sabemos que esta misión que recibe el Papa en cada tiempo, directamente de Dios, tiene su legitimidad en la sucesión de Pedro y manifiesta su contenido en lo que fue dicho a Pedro. Nosotros caminamos ahora, como las generaciones precedentes y las que han de seguir, movidos y acompañados por Jesús y por la fuerza de su Santo Espíritu, pero la misión del Espíritu es recordarnos, hacernos comprender lo que Jesús dijo en otro tiempo, en el tiempo fundacional, a los apóstoles y a su cabeza, Pedro. Y la misma eficacia del Espíritu que obra en lo íntimo de los corazones en cualquier tiempo, no sabríamos expresarla si no hubiera sido formulada en aquel tiempo primordial.

Por esta razón, la Iglesia ha estado siempre convencida de lo que supieron expresar admirablemente santos padres y escritores, con San Pedro Crisólogo y San Ambrosio y San León Magno:

Es Pedro mismo el que vive y preside y actúa y habla en el Papa de cada tiempo, por medio del Papa que actualiza la misión confiada originariamente a Pedro. Los cristianos tenemos la seguridad confortante de disponer visiblemente de un fundamento para la casa que nos cobija, de un pastor y de un guía para los que vamos de camino y quizá, sobre todo, de un principio de unidad, no por pactos. No porque el principio de unidad, sea como la síntesis el resumen de una conciencia comunitaria o el que la sancione a la manera de un monarca parlamentario, sino por encargo directo del Señor, porque Pedro es en cada momento de la historia el portavoz del Padre; el que —entre las muchas opiniones inseguras— señala cuál es la voz de Dios y, en este sentido, es para nosotros luz y orientación insustituible.

Mis queridos hermanos, las reservas que manifiestamente se oponen —en algunas ocasiones y la nuestra, nuestros días, son una— a la función providencial de Pedro y del Papa, en la Santa Iglesia, parecen querer fundarse en una gran verdad. La verdad, de que ni Pedro ni el Papa monopolizan la vocación de Dios o suplantán la capacidad de participación activa de los miembros de la Iglesia. Lo sabemos muy bien. Es el Señor quien llama a cada uno, no el Papa, no el obispo, no el

párroco. Es el Señor directamente por el Sacramento y por la acción del Espíritu. Es el Señor el que confía a cada uno, en virtud de esta vocación, los encargos y las facultades interiores y divinas para ser, no solamente receptores, sino miembros activos de la Iglesia, constitutivos de este misterioso Sacramento, es decir, instrumento y señal viva de la presencia y de la acción de Dios en el mundo, que es la Iglesia, y en virtud de esta vocación directa de Dios para cada uno, todos —según se ha sabido siempre y ha reafirmado el último Concilio—, estamos llamados igualmente a la santidad y tenemos sustancialmente la misma dignidad y la misma posibilidad de eficacia al servicio de los otros.

Pero, por la misma voluntad de Dios, esto no sería posible si no hubiese un principio de conexión, de unidad, una garantía de fidelidad, que el Señor ha encomendado a los pastores, los cuales no son delegados de una comunidad diferenciada, sino que lo mismo que cada cristiano recibe directamente de Dios lo que es su condición cristiana y su vocación apostólica, de la misma manera los pastores reciben directamente de Dios su función pastoral y la capacidad de representar directamente a Dios al servicio de la comunidad y no a la comunidad, como simple reflejo de la misma, y a la cabeza de los pastores como principio de unidad de fieles y de los pastores mismos, ahí está Pedro, que nos lleva a la unidad, no por componendas, no por transacciones, no por resúmenes y promedios, sino verticalmente, como portavoz de la voz que suena en lo alto; de la voz del Padre.

Por esta razón, todos los fieles e incluso los no fieles, una vez que han reconocido la dosis de incertidumbre, de desorientación, de vacilación que traba el caminar de los hombres, —en nuestros días más que nunca—, la imposibilidad, ahora ya comprobada por todos, de hallar nuevas razones de esperanza auténtica en el simple progreso humano, por admirable que sea —y lo es— el progreso de la ciencia o la técnica o la organización social; la necesidad de escuchar una voz que recoja lo hondo de la conciencia, que reconozca en la conciencia algo más que la pequeñez de cada uno, algo más alto y por lo mismo más firme y más salvador.

Todos éstos han sentido en los últimos tiempos una vibración de gozo y de gratitud, al comprobar empíricamente como esta misión de Pedro, perpetuada a través de los tiempos en la historia

de la Iglesia, se encarna ahora con tanto vigor, con tanto sentido de la libertad, de la independencia, de la trascendencia en el Papa Juan Pablo II.

Los hombres han comprobado lo que siempre era verdad, pero no siempre la verdad resplandece de igual modo; que si por una parte el Papa sintoniza con las aspiraciones y las preocupaciones de los corazones humanos, jamás se limita a ser un puro reflejo de las mismas y de su insuficiencia y de su desorientación, ni mucho menos, jamás se rebaja a canonizar, a sancionar sus pretensiones de emancipación y de falsa autonomía.

Y por esta independencia y por esta capacidad instintiva de Pedro, de estar a la escucha de la voz del Padre, en medio de la barahúnda de las voces humanas que lo rodean, incluso entre sus propios hermanos, incluso a veces —como ha ocurrido recientemente— en las desorientaciones en el ámbito de la fe y de los criterios morales, en las que han caído incluso obispos y tantas personas responsables.

Entonces, han visto palpable, tangible, la realización del encargo del Señor, *confirmar a los hermanos, ser como el islote en medio del mar agitado, que permite esperar la nueva calma y la navegación venturosa.*

Pedro, confirmador de la fe en los hermanos. Pedro, el que va delante de la mano de Dios, para conducir también a los hermanos.

Dentro de esta maravillosa profesión de la función de Pedro, a la vista están ciertas cualidades características que el mundo en general ha sabido apreciar, por razón de las cuales el Papa conforta los ánimos abatidos, endereza tantos criterios desviados o vacilantes, confirma a tantas personas consagradas y, a pesar de ello, desorientadas.

La gente, en los años que llevamos de pontificado de Juan Pablo II, ha descubierto algo elemental en apariencia, y sin embargo de valor insuperable, que el Papa profesa la fe, la tradición viva de la Santa Iglesia, con gozo, con plena identificación, estimándola como novedad luminosa siempre fresca, sin ningún género de vacilaciones, sin avergonzarse de la supuesta condición superada del depósito de la fe, sin recurrir a sutilezas enmascaradas, la profesión gallarda, vibrante, tranquila, feliz de la fe; sin asustarse ante las palabras vanas y presuntuosas de la falsa ciencia de todos los tiempos.

La gente ha comprobado, y no solamente desde la fe, sino a veces desde la curiosidad expectante, de los que no tienen fe todavía, como el Papa sabe sintetizar la preocupación solícita por los problemas inmediatos de la dignidad y los derechos del hombre y la convivencia humana, con la primacía de la comunión con Dios y la esperanza trascendente.

Podríamos decir que, en cierto modo, lo más característico del Papa es su capacidad de integrar la Encíclica de tanta proyección social, cultural y política, *Gaudium et spes*, documento de la constitución conciliar, dentro de la otra constitución mucho más radical que es la *Lumen Genisium*, la que habla del misterio de la Iglesia como presencia viva y actuante de Cristo en medio de los hombres y a través de la historia, y por lo mismo a nadie se le escapa la otra síntesis armónica, escandalosamente llamativa en los tiempos que corren, la síntesis más característica de la predicación apostólica y de los libros del Nuevo Testamento, la síntesis de la justicia y la castidad, que es un auténtico descubrimiento, ante el cual el mundo en bloque está despistado. El Papa da un ejemplo —casi sin propósito de darlo— de adhesión cordial transparente a la Santa Iglesia Romana, como encarnación histórica de la Iglesia Apostólica, como cauce de fidelidad a la misma y de pervivencia de la misma.

El Papa da un ejemplo de devoción filial y total a la Virgen María, a la Virgen Madre de Jesús, que es como sabemos, en todas las épocas, la señal del realismo y de la autenticidad de la Fe, la señal de la Encarnación, que estamos celebrando hoy, la señal de que Cristo, no es diluido en una simbología evanescente, que apenas lleve más en su seno que las ideas humanas, sin ninguna aportación de lo Alto.

María es la aportación de lo Alto, porque en sus entrañas Dios se hace hermano nuestro.

El Papa da un ejemplo bien notable, de sintonía con la fe del pueblo, con la fe de todos, con la fe de la muchedumbre, sin dejar de ser intelectualmente selecto. No experimenta ni promueve de modo alguno los remilgos, los ascos, las alergias que tantos sectores de la Iglesia experimentan ante el pueblo, refugiándose en grupos cerrados, verdaderamente sectarios.

El Papa, por último —y esto es constantemente y no sin intención apostólica profunda—, da un ejemplo de lo que podríamos llamar patriotismo cristiano, algo que, por ejemplo, en

muchas partes, entre ellas nuestra España, se ha perdido casi totalmente.

La convicción que es un bien, que el Señor se encarne en las entrañas de María y se asome a la historia desde ellas, eche raíces en la historia, fructifiquen en la historia. Es un bien que haya una simbiosis entre la presencia de Cristo en la Iglesia, entre la fe y el sentir la cultura de los hombres. Es un bien que se está desperdiciando, que estamos malgastando, estúpida e inhumanamente, pero el Papa lo vive.

Todos éstos y otros semejantes, son los motivos de la expectación ansiosa y del gozo agrado, con que tantos millones de hombres en la tierra, miran al Papa, a sus movimientos y sus palabras.

Pero, mis queridos hermanos, no podemos cerrar los ojos a la realidad entera. No podemos olvidar que hay sectores del mundo y, sobretodo de la Iglesia, donde esta alegría espontánea de los más, aparece como moteada por algo extraño, gris, por una incomodidad, unas reticencias, incluso, una manifiesta hostilidad.

¿No hemos dicho, acaso, más de una vez, y no sigue siendo verdad desgraciadamente, que España está a la cabeza del mundo en la cantidad de ataques groseros, superficiales, frívolos a la persona y a la misión del Papa?

Siempre será verdad, —y ahora lo es más espectacularmente—, que el mundo se resiste a que alguien la hable en nombre de Dios y este es el pecado —según el mundo—, del Papa, que no se lo perdonarán jamás. Les parece muy bien que promueva los Derechos Humanos, pero, estiman que es un defecto y grave, el que aparte de eso, invoque al Dios, Señor de cielos y tierras y hable a los hombres en nombre de Dios.

El mundo, lo que ha querido siempre en el fondo y, sigue queriendo, es que el Papa no tenga fe y que, sin embargo, sepa utilizar, movilizar las energías inmensas de los creyentes, al servicio de los programas mismos del mundo; que el Papa canonicé la permisividad, el laxismo, la corrupción moral; que el Papa tutele los derechos que interesan, pero... ¡no todos! *Naturalmente que no tutele el derecho más radical, de nuestros hermanitos no nacidos.*

Que el Papa, en definitiva, respalde la autonomía del mundo, que el Papa aplaude las formas de emancipación orgullosa o descuidada del mundo.

Y, en la medida en que el Papa no lo haga, el

mundo lo odiará, como odiará a los creyentes, como odió a Jesús y lo sigue odiando y, esto no tiene una solución que no sea la de mantener la fidelidad.

El Papa sabe muy bien, que el mundo, en gran parte, ha caído en una ceguera suicida, porque se empeña, por ejemplo, en socavar, en debilitar constantemente, los valores morales de la familia, precisamente en un momento que el Papa destaca tanto, en que las personas necesitan de esos valores como nunca, para ser liberadas de la asfixia de una atmósfera espesa de presiones, o de asfixia de una atmósfera rara, una atmósfera sin aire. La Atmósfera de la soledad, del anonimato y del abandono.

Por eso, incluso en ese sector del mundo, cada vez hay mayor número de personas que entrecierran los ojos y se dan cuenta de que es providencial, esta incompatibilidad escandalosa, entre el Papa que habla en nombre de Dios y un sector del mundo, que no admite más Dios, que él mismo, porque el mundo, lo que necesita, es esa voz independiente, es ser sacudido en su falsa autonomía, es que le llueva constantemente encima el tronar de Dios, gústele o no le guste y sólo así, encontrará salvación en medio de su atonía y, en la experiencia de su propio vacío, que como dije hace unos momentos, es ya incurable porque hemos descubierto para siempre, cuáles son los límites del progreso puramente humano y temporal.

Mis queridos hermanos, dentro de esta situación general, que acabo de aludir con rasgos torpes, nosotros nos hemos reunido aquí, porque estamos a la espera de que el Santo Padre, venga a visitarnos. Buena falta nos hace en su palabra, su visita, sino física, que sería un complemento expresivo providencial, si la visita de sus orientaciones, de sus consejos.

En la recientísima visita *Ad limina* de los obispos de la provincia eclesiástica de Toledo, de la que somos testigos inmediatos muchos y, no lo son —naturalmente—, ciertos comentaristas de la prensa, el Papa manifestó con toda claridad que por una parte para él seguía siendo un hecho admirable, prodigioso, el de la vieja unidad de los españoles en torno a la fe; el del predominio del sentido trascendente de la vida y de la muerte, en la mayoría de los españoles, a lo largo de la historia, el de la proyección de esta visión de fe en lo social y cultural y, en la expansión prodigiosa, civil y religiosa, sobre todo la acción mi-

sionera que es la que más sorprende y conmueve al Papa, porque tiene numerosas ocasiones de palparla en sus viajes: *Sólo por donde ha pasado España, —dice el Papa—, las poblaciones son mayoritariamente, casi unánimamente católicas.*

Y esta realidad, según el Papa, no pertenece sólo a la Historia. Él está convencido de que a pesar de las degradaciones, de los peligros, —que son muchos—, subsiste el fondo de la actitud del pueblo español y puede llamarse— con razón, —así nos lo dijo—, un pueblo católico; y, por eso invita a los responsables, especialmente a los obispos a que no se dejen arrastrar, tan fácilmente, por las consideraciones de ciertos sociólogos, según los cuales el pueblo español ha dejado ya de ser cristiano o católico. Lo es todavía, y por lo mismo, con las adaptaciones que exigen los cambios de los tiempos, dentro de la dosis de pluralismo y de las necesidades de convivencia y, conveniencia que los tiempos impongan.

Lo que si es necesario y, es el gran mensaje del Papa, es que los españoles salgan de la atonía, de una especie de resignación que los paraliza y se convenzan de la necesidad no solamente de vivir gozosos y con firmeza su propia fe, sino de proyectarla en la vida actual social, de suerte que las exigencias de la llamada convivencia pluralista, jamás sean el pretexto para hipotecar la propia identidad cristiana. De suerte que los principios cristianos de conducta, que son también principios universalmente humanos, inspiren de verdad, por la acción mayoritaria, por el peso mismo, —podríamos decir— democrático, justísimo, de los católicos españoles, la configuración jurídica de la convivencia civil y la ordenación jurídica de la familia y, la ordenación jurídica de la escuela.

Y que en esta proyección no haya falsos rubores, no haya inhibiciones, no haya recortes, que no se traben, —dijo expresamente—, el dinamismo ni interno ni externo de la propia fe.

El Papa nos invita pues, a un ejercicio de continuidad en lo fundamental, de profesión de fe, de configuración de la vida pública desde la fe ...
..... los orientadores y, por eso, nos emplazó ante el Señor, primeramente a los obispos y a los sacerdotes y a todos los que se dedican a la acción apostólica y a todos los que tienen alguna intervención activa y desponsable en la marcha de la Iglesia, a un esfuerzo de formación moral de las conciencias de los católicos, españoles, en or-

den a esta finalidad de testimonio claro, nítido, eficaz y coherente, sobre todo en la vida pública.

Quizá —y con esto quisiera terminar enseguida mis queridos hermanos, pidiendo perdón por el exceso de palabras—, en este marco de preocupaciones del Santo Padre, se entiende mejor algo que en otros tiempos, parecía también obvio, evidente y sin embargo, en nuestra última visita a Roma, constituyó un momento más bien sensacional, por lo inusitado en los últimos tiempos.

El Papa tomó la iniciativa, hablando ante siete obispos españoles y tres o cuatro sacerdotes de Africa y de Europa, de interesarse cariñosamente por la glorificación de los mártires de la guerra de España.

Tenemos que hacer algo, —nos dijo—, para promover esa glorificación y, comentando esta idea advirtió, —como ya lo había hecho hace año y medio o dos años—, a propósito de unos mártires en Italia, cuando aprovechó la ocasión de conmemorarlos, para subrayar la necesidad de no despreciar a los mártires contemporáneos. Entonces dijo y ahora repitió: Que no deberíamos jamás ser arrollados, como ocurre, por las falsas excusas o los falsos pretextos políticos, que es necesario hacer revivir el testimonio puro, transparente y valiente de la fe, por mucho que en torno se empeñen unos y otros en descalificarlo con pretextos políticos, —que como él dijo— nunca faltan y, si los tuviéramos en cuenta, tendríamos que borrar del catálogo de los santos a todos los mártires clásicos del tiempo romano, porque también entonces, se alegaba un pretexto político y, es que se negaban a dar culto al Emperador y el culto al Emperador, era parte esencial de la vida política de la época, y sin embargo, todos nuestros altares están llenos de reliquias de santos mártires auténticos y proclamados como tales en aquella época.

Mis queridos hermanos, estamos aquí preparando la venida del Santo Padre. La mejor preparación es pedir al Señor, que cuando venga o cuando hable, incluso, antes de venir y después de venir, realmente lo escuchemos, porque nuestra capacidad para embrollarlo todo es tanta, que incluso cuando Pedro en medio del corro de los discípulos, separa las opiniones humanas, deleznable de la voz del Padre orientadora, hay quienes son capaces de transformar esa voz del Padre, en una opinión más, relativizándola y en cierto modo, anulándola.

Pidamos pues, que la visita —en persona o con sus palabras—, del Santo Padre, especialmente la que esperamos para dentro de pocos meses, sea una visita en que Pedro hable claramente, en que su voz no sea filtrada, distorsionada, suplantada por habilidades más o menos propagandistas, según se está haciendo ya, en que realmente los que necesitamos orientación la recibamos y, la recibamos como Jesús confirmó hablando con Pedro, no como una opinión más entre las opi-

niones, sino como la voz del Padre que está en los cielos.

Y, como anticipo de esta petición y de esta disposición interior que tenemos que fomentar en nosotros mismos, cada uno en nuestro ánimo, ahora celebrando festivos el comienzo de la presencia de Dios, como Hombre entre los hombres en las entrañas de la Virgen María, profesemos decididamente, gozosamente, agradecidamente el Credo, la profesión de la fe católica.

El Papa a los españoles

PI O XI

1937

También en las regiones en que, como en nuestra queridísima España, el azote comunista no ha tenido tiempo todavía para hacer sentir todos los efectos de sus teorías, se ha desencadenado, sin embargo, como para desquitarse, con una violencia más furibunda. No se ha limitado a derribar alguna que otra iglesia, algún que otro convento, sino que, cuando le ha sido posible, ha destruido todas las iglesias, todos los conventos e incluso todo vestigio de la religión cristiana, sin reparar en el valor artística y científico de los monumentos religiosos. El furor comunista no se ha limitado a matar obispos y millares de sacerdotes, de religiosos y religiosas, buscando de un modo particular a aquellos y a aquellas que precisamente trabajan con mayor celo con los pobres y los obreros, sino que, además, ha matado a un gran número de seglares de toda clase y condición, asesinados aún hoy día en masa, por el mero hecho de ser cristianos o al menos contrarios al ateísmo comunista. Y esta destrucción tan espantosa es realizada con un odio, una barbarie y una ferocidad que jamás se hubiera creído posibles en nuestro siglo. Ningún individuo que tenga buen juicio, ningún hombre de Estado consciente de su responsabilidad pública puede dejar de temblar si piensa que lo que hoy sucede en España tal vez podrá repetirse mañana en otras naciones civilizadas.

La palabra del Papa a los obispos de Cataluña

En la visita ad limina, día 8 de febrero de 1982

Fidelidad a Cristo y a su Iglesia

Señor cardenal arzobispo de Barcelona y amadísimos hermanos de la provincia eclesiástica tarraconense:

1. Con gran placer os doy el más cordial saludo al iniciar este encuentro con vosotros, que habéis venido a Roma, para venerar los sepulcros de los Apóstoles y ver al Sucesor de Pedro, «principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, así de los obispos como de la multitud de los fieles» (*Lumen gentium*, 23).

En este espíritu de comunión fraterna, del que me habéis dado elocuente testimonio durante el coloquio privado que he tenido previamente con cada uno de vosotros, he podido apreciar la solicitud eclesial que informa vuestra vida de obispos de la Iglesia y de guías en la fe de vuestras Iglesias particulares.

Maestros de la fe

Por esa vivencia sincera de la unidad, que es conciencia de fidelidad al deseo del Señor, y por vuestro generoso esfuerzo en inculcarlo en vuestros fieles, para hacer de ellos cristianos crecientemente sólidos y conscientes, os manifiesto mi profundo reconocimiento en nombre de Cristo. En El «se alza toda la edificación para templo santo en el Señor, en quien vosotros también sois edificados para morada de Dios en el Espíritu» (*Ef 2*, 21).

2. Venís a verme, Pastores del Pueblo de Dios, y me traéis con vuestra visita la presencia de las queridas comunidades cristianas de Cataluña, que con gozo y esperanza van caminando hacia el Padre.

Permitidme que al recibirlos conjuntamente salude también en vosotros, con profundo afecto, a todos y cada uno de vuestros fieles. Y desde ahora os encargo que transmitáis mi recuerdo cordial a los sacerdotes, que con su preciosa ayuda os hacen posible la evangelización extensa de la comunidad cristiana; a los religiosos, religiosas y almas consagradas, que con su testimonio de vida y su inserción en las tareas eclesiales prestan un valioso servicio a la educación en la fe de los hermanos; a los cristianos comprometidos en el apostolado, que conscientes de su plena pertenencia a la Iglesia, ponen responsablemente sus fuerzas en la causa de la verdad y del bien; a los jóvenes, que no saben recortar horizontes ni se repliegan en actitudes de crítica o evasión, sino que se sienten responsables de la fe propia y ajena; a los padres y madres de familia, que hacen de su hogar una acogedora Iglesia doméstica, abierta a los demás y a la Iglesia total; a todos los fieles, que desde su propia debilidad, saben recurrir a la fuerza de Cristo, para hallar nuevas razones de vida, de esperanza y de disponibilidad cristiana.

**El sucesor de Pedro,
principio y fundamento
de unidad**

**Reconocimiento en
nombre del Señor**

**Saludo a las comunidades
cristianas de Cataluña**

**Apertura a la Iglesia total
y apoyo en la fuerza
de Cristo**

Ser testigos de la verdad revelada e instrumentos de salvación para la humanidad de nuestro tiempo

Misión esencial de la Iglesia: ser testigo de la verdad revelada

Al pensar en estas fuerzas vivas eclesiales, viene a mi corazón un gran motivo de alegría, que se hace aliento a no desfallecer en la empresa; antes bien, a renovarse en el propósito de fidelidad a la llamada de Cristo y de la Iglesia, que hoy como ayer necesita ser testigo creíble de la Verdad revelada e instrumento de salvación para el hombre de nuestro tiempo. Es la misión esencial de la Iglesia, es su cometido propio y específico, es una necesidad imperiosa que requiere la contribución de todas las energías eclesiales disponibles.

La tradición cristiana y la aportación a la Iglesia

3. Soy bien consciente de que la tarea a realizar es inmensa. Vuestra zona eclesial tiene una larga historia de rica tradición cristiana, que ha dejado inequívocas y valiosas huellas en tantas esferas de la vida cultural y humana, como en las artes, en la literatura, en la historia, en la toponimia, en las costumbres de las diversas comarcas y en la intimidad de los hogares.

En las raíces profundas de esa tradición de fe hallaron un terreno fértil tantas figuras eclesiales, hombres y mujeres, que vivieron su vida con gran sentido de universalidad y tanto aportaron a la Iglesia.

El problema de la secularización y la necesaria conciencia de la propia identidad

Es cierto que en el momento actual Cataluña, no menos que otras partes, experimenta un fenómeno de marcada secularización. Ello puede plantear problemas no indiferentes a la vida cristiana de vuestros fieles, inmersos en un sistema de convivencia pluralista, en el que ha de imperar el mutuo respeto, el diálogo y la libertad debida a la conciencia ajena.

Pero por parte de ellos ha de quedar clara la conciencia de su propia identidad como cristianos y miembros de la Iglesia, la cual, aunque como recuerda el último Concilio, tiene una finalidad escatológica, está presente en el mundo «para formar en la propia historia del género humano la familia de los hijos de Dios, que ha de ir aumentando sin cesar hasta la venida del Señor» (*Gaudium et spes*, 40).

No seáis fáciles en dar por supuesta la descristianización

Es evidente que la problemática compleja creada por tal situación, requiere análisis serios y respuestas que puedan favorecer el crecimiento en la fe del pueblo fiel.

No seáis, sin embargo, fáciles en dar por supuesta la descristianización de vuestras comunidades, que cuentan con reservas morales vivas, las cuales requieren, sí, cultivo intenso, pero que son siempre susceptibles de nueva floración de vida cristiana.

No ignoro las dificultades que se interponen en vuestro camino eclesial, pero seguid trabajando con esperanza e infundidla en todos los agentes de la pastoral, para que vuestro pueblo fiel reciba la formación religiosa-catequética que necesita y sepa inspirarse en las raíces más hondas de su ser.

Especial atención a la cultura y a la enseñanza

4. Para avanzar por ese camino, hay que prestar una diligente atención, por parte vuestra y de los miembros de vuestras Iglesias, al campo de la cultura y de la enseñanza.

Gracias a Dios contáis con la disponibilidad de sacerdotes, almas consagradas y fieles bien formados y de buen espíritu. Con su capacidad y esfuerzo hay que lograr una presencia multiforme de la Iglesia en esos sectores sensibles de la vida social, sin olvidar las posibilidades que ofrece la educación religiosa de la juventud a través de la escuela, pública o privada, o del papel que juega la escuela católica. Un campo que puede

seguir dando excelentes frutos y que hay que seguir cultivando, como recientemente indiqué a hermanos vuestros en el Episcopado de otra zona de España.

Atención pastoral a las familias, a las vocaciones y a la juventud

Atended especialmente a la familia

5. Sé que estáis prestando una atención prevalente a la pastoral de la familia, convencidos de la trascendencia que tiene en el ámbito social y también en el religioso.

Seguid cuidando ese importante sector del apostolado. Y dadle el mayor impulso posible, de acuerdo con las directrices de la Exhortación Apostólica «Familiaris consortio».

Que las familias cristianas de Cataluña se conviertan en evangelizadoras

Promoved el conocimiento de esas enseñanzas a través de todos los canales, ante todo de las parroquias y del mismo ambiente familiar. Que los hogares cristianos de Cataluña se conviertan en evangelizadores y sientan que el Espíritu del Señor, pese a todas las dificultades actuales, está con ellos y les ayuda. Que no teman vivir con toda generosidad los valores cristianos propios y que la proclamación de esos valores humanos y religiosos, ante los hijos y la sociedad, provenga de la experiencia existencial de los mismos.

Atención a las familias inmigrantes, respetando siempre las peculiaridades de su condición

Sé también que una preocupación vuestra está celosamente dirigida a la realidad de las numerosas familias inmigrantes. Os alabo en ese propósito, para que todas vuestras parroquias sean, en lo litúrgico y en lo pastoral, centros de acogida cristiana, de ayuda a la promoción de tales familias, de ofrecimiento de posibilidades de inserción en el nuevo ambiente, respetando siempre las peculiaridades de su condición y de sus expresiones en lo religioso o social.

Atención a las vocaciones

6. Otro campo que ocupa frecuentemente vuestros desvelos de Pastores es el de las nuevas vocaciones. Sentís este problema con tanta mayor urgencia cuanto que muchos hijos e hijas de vuestras diócesis están sirviendo, con loable empeño y amplio sentido eclesial, en otras partes de la Iglesia.

Comparto vuestra preocupación, renuevo vuestra llamada a cuantos pueden contribuir eficazmente a la solución de este problema, con vosotros pido al Señor que mande nuevos obreros a sus mies y encomiendo esta intención a la especial plegaria de las almas consagradas en el claustro y a las de todos vuestros diocesanos.

Colaboración mutua

Bajo la protección de la Virgen de Montserrat

Que el vocacional sea un horizonte siempre abierto en la pastoral juvenil y que ningún miembro de vuestra comunidad eclesial se sienta exento del deber de colaborar en este terreno.

7. Para poder responder a los múltiples desafíos y proceder al estudio o planteamiento más adecuado de la problemática que la pastoral conlleva en nuestros días, no ignoro que en vuestras reuniones conjuntas tratáis de analizar, en un espíritu fraterno, temas de interés común.

De esa preocupación han surgido servicios interdiocesanos para el mayor bien del Pueblo de Dios.

Me complace de esta manifestación de fraternidad y colaboración mutua, en la que los dones de una Iglesia particular ayudan a los de la otra, ofrecidos en actitud de servicio eficaz y sin menoscabo alguno de la justa libertad de cada diócesis ni de la debida colaboración concorde con los demás miembros del Episcopado.

8. Al concluir estas reflexiones que he querido compartir con vosotros, amadísimos hermanos, mi pensamiento vuelve con el vuestro a la geografía de cada una de vuestras comunidades eclesiales.

El Espíritu de Cristo nos acompaña cada día para ser sus testigos en el mundo de hoy

No ignoro que ellas viven momentos de dificultades en la fe, que pueden sembrar la tentación del desaliento. Pero no hay motivo para ello. En la lucha y angustia de cada día no están solas, sino que la presencia del Espíritu de Cristo las acompaña. El, con su poder, sigue obrando maravillas, a veces desconocidas, de gracia y santidad. Las quiere obrar también con ellas, con todos nosotros que, pese a nuestra debilidad, con El podremos ser testigos fieles de Cristo en el mundo de hoy.

El Papa espera de vuestra fidelidad

Decid por ello a vuestros sacerdotes, almas consagradas por título especial a Dios y fieles, que el Papa espera y tiene confianza en su fidelidad. Que vivan abiertos a la plena dimensión eclesial, ofreciendo su aportación generosa.

Invocación del patrocinio de la Virgen de Montserrat

Sea la dulce Madre común, la Virgen Santísima de Montserrat, la que obtenga a todos gracias abundantes de su Hijo, que guarden la fidelidad de cada uno a Cristo y a su Iglesia. Y sea prenda de la constante protección divina y prueba de mi benevolencia la bendición apostólica que a vosotros y a vuestros fieles cordialmente imparto.

El Papa a los españoles

PIO XII

1942

España tiene una misión altísima que cumplir, pero solamente será digna de ella si logra totalmente, de nuevo, encontrarse a sí misma en su espíritu tradicional y en aquella unidad que sólo sobre tal espíritu puede fundarse. Nos alimentamos por lo que se refiere a España, un solo deseo: verla una y gloriosa, alzando en sus manos poderosas una Cruz rodeada por todo este mundo que, gracias principalmente a ella, piensa y reza en castellano, y proponerla después como ejemplo del poder restaurador, vivificador y educador de una fe, en la que, después de todo, hemos de venir siempre a encontrar la solución de todos los problemas.

EL MENSAJE DE NUESTRA SEÑORA DE FATIMA, LLAMA A TODOS LOS HOMBRES DE NUESTRO TIEMPO

Homilía durante la Misa celebrada en la explanada del santuario, jueves 13 de mayo

El mensaje de María para nuestros tiempos

1. «Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa» (Jn 19, 27).

Con estas palabras termina el Evangelio de la liturgia de hoy aquí en Fátima. El nombre del discípulo era Juan. Precisamente él, Juan, hijo de Zebedeo, Apóstol y Evangelista, escuchó desde lo alto de la cruz las palabras de Cristo: «He ahí a tu madre». Antes en cambio Jesús había dicho a su Madre: «Mujer, he ahí a tu hijo».

Era esto un *testamento admirable*.

Dejando este mundo Cristo dio a su Madre un hombre que fuera para Ella como un hijo: Juan. Lo confió a Ella. Y, como consecuencia de este don y de este acto de entrega, María se convirtió en madre de Juan. La Madre de Dios *se hace madre del hombre*.

Desde aquella hora Juan «la recibió en su casa» y fue el guardián terreno de la Madre de su Maestro; es, en efecto, derecho y deber de los hijos cuidar a la madre. Pero sobre todo Juan llegó a ser por voluntad de Cristo *el hijo de la Madre de Dios*. Y en Juan se hicieron hijos en Ella *todos y cada hombre*.

2. «La recibió en su casa»: esta frase significa, literalmente, en su vivienda.

Una manifestación particular de la maternidad de María respecto a los hombres son los lugares en los que Ella se encuentra con ellos; *las casas en las que Ella habita*; casas en las que se nota una presencia particular de la Madre.

Tales lugares y casas son numerosísimas. Y son de una gran variedad: desde los oratorios en las viviendas y las hornacinas en las calles, en las que aparece luminosa la imagen de la Madre de Dios, a las capillas e iglesias construidas en su honor. Sin embargo hay algunos *lugares*, en los que los hombres *sienten como particularmente viva la presencia de la Madre*. A veces estos lugares irradian ampliamente su luz y atraen a la gente desde lejos. Su círculo de irradiación puede extenderse al ámbito de una diócesis, a una nación entera, a veces a varios países e incluso a diversos continentes. Estos lugares son los *santuarios* marianos.

Madre de Cristo y Madre de los hombres

En todos estos lugares se realiza de modo admirable aquel singular testamento del Señor crucificado: allí el hombre se siente entregado y

María Madre de todos los hombres

En los santuarios marianos los hombres reciben a María en su casa

**Recuerdo de Lourdes,
Jasna Gora. Fátima y la
nación portuguesa**

confiado a María y viene para estar con Ella como se está con la propia Madre; le abre su corazón y le habla de todo: «la recibe en su casa», es decir, le hace partícipe de todos sus problemas, a veces difíciles. Problemas propios y ajenos. Problemas de las familias, de la sociedad, de las naciones y de la humanidad entera.

3. ¿No sucede así por ventura en el santuario *de Lourdes* en Francia? ¿No es igualmente así en *Jasna Gora* en tierra polaca, en el santuario de mi país, que celebra este año su VI centenario jubilar?

Parece que también allí, como en tantos otros santuarios marianos esparcidos por el mundo, resuenan con la fuerza de una autenticidad particular estas palabras de la liturgia de hoy:

«Tu, honra de nuestra nación» (Jdt 15, 9), y también aquellas otras:

«Por librar a tu pueblo... has sido su socorro, andando rectamente en la presencia de nuestro Dios» (Jdt 13, 20).

Estas palabras resuenan aquí en Fátima casi como eco particular de las experiencias vividas no sólo *por la nación portuguesa*, sino también por tantas otras naciones y pueblos que se encuentran sobre la faz de la tierra; o mejor, son el eco de las experiencias *de toda la humanidad contemporánea*, de toda la familia humana.

**Recuerdo del atentado
del 13 de mayo de 1980**

4. Vengo aquí hoy, porque exactamente en este mismo día del mes, el año pasado, en la plaza de San Pedro en Roma, sucedió el atentado contra la vida del Papa, coincidiendo misteriosamente con el aniversario de la primera aparición en Fátima, que tuvo lugar el 13 de mayo de 1917.

Estas fechas se han cruzado entre sí de tal modo que me ha parecido reconocer en ello una llamada especial a venir aquí. Por ello hoy estoy aquí. He venido a dar gracias a la Divina Providencia en este lugar, que la Madre de Dios parece haber escogido de modo particular. «*Misericordiae Domini, quia non sumus consumpti*». Fue gracias al Señor que no fuimos aniquilados (cf. *Lam* 3, 22), repito una vez más con el profeta.

Efectivamente, he venido sobre todo para *confesar aquí la gloria de Dios mismo*:

«Bendito el Señor Dios, que creó los cielos y la tierra», quiero repetir con las palabras de la liturgia de hoy (Jdt 13, 18).

Y hacia el Creador de los cielos y de la tierra elevo también aquel especial himno de gloria, que es Ella misma, *la Madre Inmaculada del Verbo encarnado*:

**Cántico de Acción de
Gracias**

«Bendita tú, hija del Dios Altísimo, sobre todas las mujeres de la tierra... Tus alabanzas estarán siempre en la boca de cuantos tengan memoria del poder de Dios. Haga El que esto sea para tu eterna gloria» (*ib.*, 18-20).

En la base de este canto de alabanza, que la Iglesia entona con alegría aquí como en tantos lugares de la tierra, se encuentra la elección incomparable de una hija del género humano para ser Madre de Dios.

Sea pues adorado sobre todo Dios; Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Sea bendita y venerada María, prototipo de la Iglesia, en cuanto «*mansión de la Santísima Trinidad*».

5. Desde el tiempo en que Jesús, muriendo en la cruz, dijo a Juan: «He ahí a tu madre»; desde el tiempo en que el discípulo «la recibió en su casa», el misterio *de la maternidad espiritual* de María ha tenido su cumplimiento en la historia con una amplitud sin límites. Maternidad quiere decir solicitud por la vida del hijo. Ahora bien, si María es madre de todos los hombres, su atención por la vida del hombre es *de un alcance universal*. El cuidado de una madre alcanza al hombre entero: La maternidad de María comienza con el cuidado maternal de Cristo. En Cristo, a los pies de la cruz, Ella aceptó a Juan y, en él, *aceptó a todos los hombres* y al hombre en su totalidad. María abraza a todos, con una solicitud particular, *en el Espíritu Santo*. En efecto, es El, como profesamos en nuestro *Credo*, el que «da la vida». Es El que da la plenitud de la vida abierta hacia la eternidad.

La maternidad espiritual de María es pues *participación* en el *poder del Espíritu Santo*, es el poder de Aquel que «da la vida». Y es al mismo tiempo el servicio humilde de Aquella que dice de sí misma: «He aquí la sierva del Señor» (*Lc 1, 38*).

A la luz del misterio de la maternidad espiritual de María, tratemos de comprender el *mensaje extraordinario*, que empezó a resonar en todo el mundo desde Fátima, el día 13 de mayo de 1917 y se prolongó durante cinco meses hasta el día 13 de octubre del mismo año.

6. La Iglesia ha enseñado siempre y sigue proclamando que la revelación de Dios ha sido llevada a cumplimiento en Jesucristo, el cual es su plenitud, y que «no hay que esperar otra revelación pública antes de la gloriosa manifestación de Jesucristo nuestro Señor» (*Dei Verbum, 4*). La misma Iglesia *valora y juzga* las revelaciones privadas según el criterio de su conformidad con la única revelación pública.

Así, si la Iglesia ha acogido el mensaje de Fátima es sobre todo porque este mensaje contiene una *verdad* y una *llamada*, que en su contenido fundamental son *la verdad y la llamada del Evangelio mismo*.

«Arrepentíos (hacer penitencia) y creed en el Evangelio» (*Mc 1, 15*): son éstas las primeras palabras del Mesías dirigidas a la humanidad. El mensaje de Fátima es, en su *núcleo* fundamental, una llamada *a la conversión y a la penitencia*, como en el Evangelio. Esta llamada ha sido hecha al comienzo del siglo XX, y por tanto dirigida particularmente a este siglo. *La Señora del mensaje* parecía leer con una perspicacia especial los «signos de los tiempos», los signos de nuestro tiempo.

La llamada a la penitencia es una llamada maternal; y, a la vez, es enérgica y hecha con decisión. La caridad que «se complace en la verdad» (*1 Cor 13, 6*), sabe ser clara y firme. El llamamiento a la penitencia se une, como siempre, *con la llamada a la plegaria*. De acuerdo con una tradición plurisecular, la Señora del mensaje de Fátima indica el *rosario*, que justamente puede definirse «la oración de María»: la plegaria, en la que ella se siente unida particularmente a nosotros. En *esta oración* se incluyen los problemas de la Iglesia, los de la Sede de Pedro y los del mundo entero. Además, se recuerda *a los pecadores*, a fin de que se convirtan y se salven, y a las *almas del purgatorio*.

Las palabras del mensaje han sido dirigidas a niños cuya edad oscilaba entre los siete y diez años. *Los niños*, como Bernardita de Lourdes, son personas particularmente privilegiadas en estas apariciones de la Madre de Dios. De aquí deriva el hecho de que su lenguaje sea sencillo,

Maternidad espiritual de María

El mensaje de Fátima a la luz del Evangelio

Llamada nocturna a la penitencia

acomodado a su capacidad de comprensión infantil. Los niños de Fátima se convirtieron en *los interlocutores de la Señora del mensaje* y, además, en sus colaboradores. Uno de ellos todavía vive.

7. Cuando Jesús dijo en la cruz: «Mujer, he ahí a tu hijo» (*Jn 19, 26*), de un modo nuevo *abrió el corazón de su Madre*, el Corazón Inmaculado, y le reveló la nueva dimensión, y el nuevo alcance del amor, al que era llamada en el Espíritu Santo, en virtud del sacrificio de la cruz.

Solicitud de María por la obra de la salvación

Nos parece encontrar precisamente en las palabras del mensaje de Fátima *esta dimensión del amor materno*, que en su radio abarca todos los caminos del hombre hacia Dios: el que conduce a través de la tierra y el que va, a través del purgatorio, más allá de la tierra. La solicitud de la Madre del Salvador se identifica con *la solicitud por la obra de la salvación*: la obra de su Hijo. Es la solicitud por la salvación, por la salvación eterna de todos los hombres. Al cumplirse ya 65 años desde aquel 13 de mayo de 1917, es difícil no percibir cómo este amor salvador de la Madre abraza en su radio, de modo particular, *a nuestro siglo*.

A la luz del amor materno comprendemos todo el mensaje de Nuestra Señora de Fátima. Lo que se opone más directamente al camino del hombre hacia Dios es el pecado, el perseverar en el pecado y, finalmente, la negación de Dios. La programada *cancelación de Dios* del mundo, del pensamiento humano. La separación de él de toda la actividad terrena del hombre. *El rechazo de Dios por parte del hombre*.

María no puede callar sobre el pecado

En realidad, la salvación eterna del hombre está únicamente en Dios. El rechazo de Dios por parte del hombre, si llega a ser definitivo, guía lógicamente *al rechazo del hombre por parte de Dios* (cf. *Mt 7, 23; 10, 33*): a la condenación.

¿La Madre que —con toda la fuerza de su amor que nutre en el Espíritu Santo— desea la salvación de todos los hombres puede *callar sobre todo lo que* mina las bases mismas de esta salvación? ¡No, no lo puede hacer!

Por esto, el mensaje de Nuestra Señora de Fátima, tan maternal, es, a la vez, tan vigoroso y decidido. Parece severo. Es como si aún hablara Juan el Bautista en las orillas del río Jordán. *Invita a la penitencia. Advierte. Llama a la oración*. Recomienda el rezo del rosario.

El mensaje se dirige a la humanidad entera amenazada por la apostasía y la degradación moral

Este mensaje se dirige a todos los hombres. El amor de la Madre del Salvador llega dondequiera que llega la obra de la salvación. Objeto de sus cuidados son todos *los hombres de nuestra época*, y, a la vez, las sociedades, las naciones y los pueblos. Las sociedades amenazadas por la apostasía y la degradación moral. El hundimiento de la moralidad lleva consigo la caída de las sociedades.

El Inmaculado Corazón de María

8. Cristo dijo en la cruz: «Mujer, he ahí a tu hijo». Con estas palabras abre, de modo totalmente nuevo, el corazón de su Madre.

El Corazón Inmaculado de María se une al Corazón traspasado de Jesús

Instantes más tarde, la lanza del soldado romano atravesó el costado del Crucificado. Aquel corazón traspasado se ha convertido en el signo de la redención realizada por medio de la muerte del Cordero de Dios.

El Corazón Inmaculado de María, abierto por las palabras: «Mujer, he ahí a tu hijo», se encuentra espiritualmente en el corazón del Hijo, abierto por la lanza del soldado. El Corazón de María ha sido abierto

por el mismo amor hacia el hombre y el mundo, con el que Cristo ha amado al hombre y al mundo, ofreciéndose a Sí mismo por ellos en la cruz, hasta aquella lanzada del soldado.

Consagrar el mundo al Corazón Inmaculado de María significa acercarnos, por intercesión de la Madre, a la misma *fuentes* de la Vida, que brotó en el Górgota. Este *manantial* corre ininterrumpidamente, brotando de él la redención y la gracia. Se realiza continuamente en él la reparación por los pecados del mundo. Este manantial es fuente incesante de vida nueva y de santidad.

Consagrar el mundo al Inmaculado Corazón de la Madre, significa volver de nuevo *junto a la cruz del Hijo*. Más aún, quiere decir: consagrar este mundo al Corazón traspasado del Salvador, haciéndolo volver a la fuente misma de la redención. La redención es siempre más grande que el pecado del hombre y que el «pecado del mundo». La fuerza de la redención supera infinitamente toda la especie del mal, existente en el hombre y en el mundo.

El Corazón de la Madre es consciente de ello, como ningún otro corazón, en todo el cosmos, visible e invisible.

Y por este motivo llama.

Llama no sólo a la conversión. Nos llama para que nos dejemos ayudar por Ella, que es Madre, y así volver nuevamente a la fuente de la redención.

9. Consagrarse a María Santísima significa recurrir a su auxilio y ofrecernos a nosotros mismos y a la humanidad al que es Santo, infinitamente Santo; valerse de su auxilio —recurriendo a su corazón de Madre, abierto junto a la cruz al amor hacia todos los hombres, hacia el mundo entero— para ofrecer el mundo, el hombre, la humanidad y todas las naciones a Aquel que es infinitamente Santo. La santidad del Dios se ha manifestado en la redención del hombre, del mundo, de la humanidad entera y de las naciones: redención realizada por medio del sacrificio de la cruz. «Yo por ellos *me santifico*», había dicho Jesús (*Jn 17, 19*).

Con la fuerza de la redención, el mundo y el hombre *han sido consagrados*. Han sido confiados al que es infinitamente Santo. Han sido ofrecidos y entregados al mismo Amar, al Amor misericordioso.

La Madre de Cristo nos llama y exhorta a unirnos a la Iglesia del Dios vivo en esta *consagración del mundo*, en este acto de entrega, a través del cual el mundo, la humanidad, las naciones y todos y cada uno de los hombres se ofrecen al Padre Eterno con la fuerza de la redención de Cristo. Se ofrecen en el Corazón del Redentor traspasado en la la cruz.

10. El contenido de la llamada de Nuestra Señora de Fátima está radicado tan profundamente en el Evangelio y en toda la tradición, que *la Iglesia se siente comprometida con este mensaje*.

La misma Iglesia ha dado una respuesta por medio del Siervo de Dios Pío XII (cuya ordenación episcopal había tenido lugar precisamente el 13 de mayo de 1917), quien quiso consagrar al Inmaculado Corazón de María al género humano y, especialmente, los pueblos de Rusia. Con esa consagración, ¿no ha correspondido acaso a la elocuencia evangélica de la llamada de Fátima?

El Concilio Vaticano II, en la Constitución dogmática sobre la Iglesia (*Lumen Gentium*) y en la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo (*Gaudium et spes*), ha ilustrado ampliamente las

**Sentido de la
Consagración del Mundo
al Inmaculado Corazón
de María**

**María nos llama a la
conversión y a que nos
dejemos ayudar por Ella**

**Los hombres han sido
entregados al amor
misericordioso**

**La Madre de Cristo nos
llama a unirnos a esta
Consagración del mundo**

**El Mensaje de Ntra. Sra.
de Fátima y el
compromiso de la Iglesia**

razones de los lazos que *unen la Iglesia al mundo de hoy*. Al mismo tiempo, su enseñanza acerca de la presencia particular de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia, ha madurado en el acto con el que Pablo VI, llamando a María también *Madre de la Iglesia*, ha indicado de manera más profunda el carácter de su unión con la misma Iglesia y de su sollicitud por el mundo, por la humanidad, por cada uno de los hombres y por todas las naciones: su maternidad.

De este modo se ha hecho aún más profunda *la comprensión del sentido de la entrega* que la Iglesia está llamada a hacer, recurriendo a la ayuda del Corazón de la Madre de Cristo y Madre nuestra.

11. ¿Cómo se presenta hoy ante la Santa Madre que engendró al Hijo de Dios, en su santuario de Fátima, Juan Pablo II, Sucesor de Pedro y continuador de la obra de Pío, de Juan y de Pablo, y sobre todo *heredero del Concilio Vaticano II*?

Se presenta con trepidación para leer de nuevo aquella llamada materna a la penitencia y a la conversión, aquella ardiente llamada del Corazón de María que resonó aquí en Fátima hace 65 años. Sí, lo releo *con corazón entristecida* porque ve cuántos hombres, cuántas sociedades y cuántos cristianos están yendo *en dirección opuesta* a la indicada en el mensaje de Fátima. El pecado ha adquirido así plena carta de ciudadanía y la negación de Dios se ha difundido en las ideologías, en los conceptos y en los programas humanos.

Y precisamente por esto, la invitación evangélica a la penitencia y conversión, expresada con las palabras de la Madre, *es siempre actual*. Incluso más actual que hace 65 años. Y hasta más urgente. Por eso también esta invitación será el tema del próximo *Sínodo de los Obispos*, que se celebrará el año que viene, Sínodo para el que ya nos estamos preparando.

El Sucesor de Pedro se presenta aquí también como *testigo de los inmensos sufrimientos del hombre*, como testigo de las amenazas casi apocalípticas que se ciernen sobre las naciones y la humanidad. Y trata de abrazar estos sufrimientos con su débil corazón humano, mientras se pone frente al misterio del Corazón: del Corazón de la Madre, del Corazón Inmaculado de María.

En virtud de estos sufrimientos, con la conciencia del mal que corre por el mundo y amenaza al hombre, las naciones y la humanidad, el Sucesor de Pedro se presenta aquí con una *fe mayor en la redención del mundo*: fe en aquel Amor salvífico que es siempre mayor, siempre más fuerte que todos los males.

Así, si por un lado el corazón se siente oprimido por el sentido del pecado del mundo, así como por la serie de amenazas que se ciernen sobre el mundo, por otro lado el mismo *corazón humano se abre a la esperanza* al realizar una vez más lo que han hecho mis predecesores: es decir, entregar y confiar el mundo al Corazón de Madre, confiarle especialmente aquellos pueblos que lo necesitan de modo particular. Este acto quiere significar entregar y confiar el mundo a Aquel que es Santidad infinita. Esta Santidad significa redención, significa amor más poderoso que el mal. Jamás un «pecado del mundo» podrá superar este Amor.

Una vez más. En efecto, *la llamada de María no es para una sola vez*. Queda abierta siempre a las nuevas generaciones, para ser correspondida según los «signos de los tiempos» siempre nuevos. Hay que volver incesantemente a esta llamada. Hay que acogerla siempre *de nuevo*.

El pecado ha adquirido carta de ciudadanía y la negación de Dios está presente en los programas humanos

Por esto el Mensaje es más actual y más urgente

El Sucesor de Pedro proclama su fe en la Redención del mundo

Oprimido por el sentido del pecado, nuestro corazón se abre a la esperanza en el Corazón de la Madre

«Vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén...»

12. Así escribió el autor del libro del Apocalipsis:

«Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, del lado de Dios, ataviada como una esposa que se engalana para su esposo. Oí una voz grande que del trono decía: He aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres, y erigirá su tabernáculo entre ellos, y serán su pueblo, y el mismo Dios será con ellos» (Ap 21, 2 s.).

De esta fe vive la Iglesia.

Con esta fe camina el Pueblo de Dios.

«El tabernáculo de Dios entre los hombres» está ya en la tierra.

Y en ella está el Corazón de la Esposa y de la Madre, María Santísima, engalanado con la joya de la Inmaculada Concepción: *el Corazón de la Esposa y de la Madre* abierto junto a la cruz por la palabra del Hijo a un nuevo y grande amor al hombre y al mundo. El Corazón de la Esposa y de la Madre, *consciente* de todos los *sufrimientos* de los hombres y de las sociedades sobre la faz de la tierra.

El Pueblo de Dios es peregrino por los caminos de este mundo *en la dirección escatológica*. Está en peregrinación hacia la Jerusalén eterna, hacia el «tabernáculo de Dios entre los hombres».

Allí donde Dios «*enjugará todas las lágrimas* de sus ojos; y la muerte no existirá más, no habrá duelo, ni gritos, ni trabajo, porque todo lo de antes ha pasado ya» (cf. Ap 21, 4).

Pero, por ahora, *dura todavía* «lo de antes». Esto precisamente constituye el espacio temporal de nuestra peregrinación.

Por eso miramos hacia «Aquel que está sentado en el trono», y que dice: «He aquí que hago nuevas todas las cosas» (cf *ib.*, 5).

En unión con el Evangelista y Apóstol tratemos de ver con los ojos de la fe «el cielo nuevo y la nueva tierra», porque el «primer cielo y la primera tierra» han pasado ya...

Pero, por ahora, «*el primer cielo y la primera tierra*» perduran, estando siempre alrededor de nosotros y dentro de nosotros. No podemos ignorarlo. No obstante, esto nos permite reconocer qué gracia tan inmensa le ha sido concedida al hombre cuando, en medio de esta su peregrinación, ha aparecido en el horizonte de la fe de nuestros tiempos esta «*Señal grande*: ¡Una Mujer!» (Ap 12, 1).

Sí, en verdad, podemos repetir: «¡Dichosa eres Tú, Hija, delante del Dios altísimo, más que todas las mujeres que viven en la tierra!

»...comportándote con rectitud delante de nuestro Dios.

»...has adivinado nuestro abatimiento».

¡Verdaderamente. Bendita Tú eres!

Sí, aquí y en toda la Iglesia, en el corazón de cada uno de los hombres y en el mundo entero: ¡Bendita seas, oh María, dulcísima Madre nuestra!

El Corazón de María tabernáculo de Dios entre los hombres

Miramos hacia «Aquel que está sentado en el trono» y que renueva todas las cosas

La señal grande: Una Mujer

Bendita seas ¡oh María! dulcísima Madre nuestra



Consagración del mundo a la Virgen

«Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios.

En unión de todos los Pastores de la Iglesia

»Pronunciando las palabras de esta antifona, con la que la Iglesia de Cristo reza desde hace siglos, me encuentro en este lugar elegido por ti, Madre, y amado por ti de manera particular. Estoy aquí unido a todos los pastores de la Iglesia con ese vínculo especial mediante el cual formamos un cuerpo y un colegio, como Cristo quiso que los Apóstoles estuvieran unidos a Pedro. En el vínculo de tal unidad pronuncio las palabras del presente acto, en el que quiero recoger, una vez más, las esperanzas y angustias de la Iglesia en el mundo actual.»

Recuerdo del acto de Pío XII

«Hace cuarenta años, y nuevamente diez años después, tu siervo el Papa Pío XII, teniendo ante sus ojos las dolorosas experiencias de la familia humana, puso bajo tu confianza y consagró a tu corazón inmaculado todo el mundo, y especialmente los pueblos que eran objeto de tu amor y solicitud particular. Este mundo de los hombres y de las naciones es el que hoy tengo ante los ojos yo también, en el momento en el que deseo renovar el ofrecimiento y la consagración realizada por mi predecesor en la sede de Pedro: este mundo del segundo milenio que está terminando, el mundo contemporáneo, nuestro mundo de hoy.

¡Abraza con tu amor de Madre este nuestro mundo que te consagramos!

La Iglesia, recordando las palabras del Señor: «Id pues; enseñad a todas las gentes..., yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo» (Mt 28-19,20), ha renovado, en el Concilio Vaticano II, la conciencia de su misión en este mundo. Y por ello, ¡oh Madre de los hombres y de los pueblos!, Tú que conoces todos sus sufrimientos y esperanzas, Tú que sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas que invaden el mundo contemporáneo, acoge nuestro grito, que, como movidos por el Espíritu Santo, elevamos directamente a tu corazón, y abraza, con tu amor de Madre, este nuestro mundo humano, que ponemos bajo tu confianza y te consagramos, llenos de inquietud por la suerte terrena y eterna de los hombres de los pueblos.

De manera especial ponemos bajo tu confianza y te consagramos aquellos hombres y naciones que necesitan especialmente esta entrega y esta consagración. ¡Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios! No deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades!

Delante de tu Corazón Inmaculado nos unimos en esta Consagración

Ante ti, Madre de Cristo, delante de tu Corazón Inmaculado, yo deseo en este día, juntamente con toda la Iglesia, unirme con nuestro redentor en esta tu consagración por el mundo y por los hombres, la única que en su corazón divino tiene el poder de conseguir el perdón y procurar la reparación. La fuerza de esta consagración dura para siempre y abarca a todos los hombres, pueblos y naciones, y supera



todo mal, que el espíritu de las tinieblas es capaz de despertar en el corazón del hombre y en su historia y que, de hecho, ha despertado en nuestro tiempo.

Dolor por todo lo que se opone a la obra redentora de Cristo

¡Cuánto nos duele, por tanto, todo lo que la Iglesia y en cada uno de nosotros se opone a la santidad! ¡Cuánto nos duele que la invitación a la penitencia, a la conversión y a la oración no haya encontrado acogida como debía! ¡Cuánto nos duele que muchos participen tan fríamente en la obra de la redención de Cristo!

Sean, pues, dichosas todas las almas que obedecen la llamada del amor eterno. Sean dichosos aquellos que, día a día, con generosidad inagotable, acogen tu invitación y dan a la Iglesia y al mundo un testimonio sereno de vida inspirada en el Evangelio.

¡Madre de la Iglesia!, ilumina al Pueblo de Dios

¡Seas dichosa por encima de todo Tú, sierva del Señor, que de la manera más plena abedeces a la divina llamada! ¡Madre de la Iglesia, ilumina al pueblo de Dios por los caminos de la fe, la esperanza y la caridad!

¡Ayúdanos a vivir en favor de toda la familia humana del mundo contemporáneo!

Ayúdanos a vencer la amenaza del mal

Al poner bajo tu confianza, Madre, el mundo, los hombres y todos los pueblos te pedimos: ¡ayúdanos a vencer la amenaza del mal, que tan fácilmente se arraiga en los corazones de los hombres de hoy y que con sus efectos inconmensurables pesa ya sobre nuestra contemporaneidad y da la impresión de cerrar el camino hacia el futuro!

Libranos del intento de ahogar la verdad de Dios; de los pecados contra el Espíritu Santo

¡Del hambre y de la guerra, libranos! ¡De la guerra nuclear, de una autodestrucción incalculable y de todo tipo de guerra, libranos! ¡De los pecados contra la vida del hombre desde sus orígenes, libranos! ¡De los pecados de odio y de envilecimiento de la dignidad de hijos de Dios, libranos! ¡De toda clase de injusticias en la vida social, nacional e internacional, libranos! ¡De la facilidad de pisotear los mandamientos de Dios, libranos! ¡Del intento de ahogar en los corazones la verdad misma de Dios, libranos! ¡De los pecados contra el Espíritu Santo, libranos!

Se manifiesta una vez más el infinito poder del amor misericordioso

¡Acoge, madre de Cristo, este grito cargado de sufrimiento de todos los hombres, cargado de dolor de la sociedad entera! ¡Se manifiesta, una vez más, en la historia del mundo, el infinito poder del amor misericordioso! ¡Que este amor detenga el mal! ¡Que transforme las conciencias! ¡Que tu corazón inmaculado se revele a todos en la luz de la esperanza!»

EL CORAZON DE JESUS ESCUELA DEL CRISTIANO

Alocución del «Angelus» de Juan Pablo II, del 27 de junio.

«Corazón de Jesús, formado por el Espíritu Santo en el seno de la Virgen María, ten piedad de nosotros.»

Así rezamos en las letanías al Sagrado Corazón de Jesús.

Esta invocación se refiere directamente al misterio que meditamos, al rezar el *Angelus Domini*: por obra del Espíritu Santo fue formada en el seno de la Virgen de Nazaret la *Humanidad de Cristo*, Hijo del Eterno Padre.

¡Por obra del Espíritu Santo fue formado en esta Humanidad el Corazón! El Corazón, que es *el órgano central del organismo humano* de Cristo y, a la vez, el verdadero *símbolo* de su vida interior: del pensamiento, de la voluntad, de los sentimientos. Mediante este Corazón la Humanidad de Cristo es, de modo particular, *«el templo de Dios»* y, al mismo tiempo, mediante este Corazón, está *incesantemente abierta al hombre* y a todo lo que es «humano». «Corazón de Jesús de cuya plenitud todos hemos recibido.»

El mes de junio está dedicado, de modo especial, a la veneración del Corazón divino. No sólo un día, la fiesta litúrgica que, de ordinario, cae en junio, sino todos los días. Con esto se vincula la devota práctica de rezar o cantar cotidianamente las *letanías* al Sacratísimo Corazón de Jesús.

Es la oración maravillosa, integralmente centrada *en el misterio interior de Cristo*: Dios-Hombre. Las letanías del Corazón de Jesús se inspiran abundantemente en las fuentes bíblicas y, al mismo tiempo, reflejan las experiencias más profundas de los corazones humanos. Son, a la vez, oración *de veneración y de diálogo* auténtico.

Hablamos en ellas *del corazón* y, al mismo tiempo, dejamos a los corazones hablar con este *único Corazón*, que es «fuente de vida y de santidad» y «deseo de los collados eternos». Con el Corazón que es «paciente y lleno de misericordia» y «generoso para todos los que le invocan».

Esta oración, rezada y meditada, se convierte en una *verdadera escuela del hombre interior*: la escuela del cristiano.

La solemnidad del Sacratísimo Corazón de Jesús nos recuerda, sobre todo, los momentos en que este Corazón fue «traspasado por la lanza» y, mediante esto, abierto de manera «visible» al hombre y al mundo.

Al rezar las letanías —y en general al venerar al Corazón Divino— conocemos *el misterio de la redención* en toda su divina y, a la vez, humana profundidad.

Simultáneamente, nos hacemos *sensibles* a la necesidad *de reparación*. Cristo nos abre su Corazón para que nos unamos con El en su reparación por la salvación del mundo. *Hablar* del Corazón traspasado es decir toda la verdad de su Evangelio y de la Pascua.

Tratemos de captar *cada vez mejor este lenguaje*. Aprendámoslo.

LA REVELACION DEL CORAZON DE JESUS EN NUESTRO TIEMPO

EL ORBE CATOLICO VE EN EL SU ESPERANZA

Fragmentos del escrito de Torras y Bages: «Influencia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en los tiempos modernos.» (1881)

El héroe de la colosal y sempiterna lucha entre el bien y el mal, Jesucristo o sea la Sabiduría divina que formó y reformó el mundo, ha vuelto a manifestarse en la gran crisis religiosa de la moderna sociedad; empieza su obra de atracción, aquella manera peculiar suya de hacer que los hombres triunfen de la materia y del demonio y que consiste en allegárselos uniéndolos a sí íntimamente para alcanzar triunfo verdadero. Ya quiso en los principios de su gran misión, al aparecer en este campo de batalla que llamamos mundo, tomar un nombre que admirablemente indica su oficio en la tierra. *Emmanuel*, Dios con nosotros, le apellidó su madre, por lo cual, siempre que Jesucristo se ha manifestado a los hombres, éstos, con tal ayuda, han prevalecido. La nueva infusión de virtud divina en la sociedad debía consumarse, o a lo menos tener principio, en aquella Francia que derramó por toda la cristiandad el veneno de la impiedad moderna; la que hizo tremolar en medio de la Europa el estandarte de Satanás, debía ser la que enarbolase la bandera de Cristo; de aquella Borgoña de donde salió el héroe de la civilización católica de la Edad Media, el insigne monje que hizo prevalecer en el mundo el elemento cristiano, el gran Bernardo, salió también la humilde religiosa destinada a presentar a los cristianos la nueva prenda de salvación, el maravilloso signo que debían tomar los nuevos cruzados. El abad de Claraval por providencial coincidencia debía ser el doctor que la Iglesia destinaría para explicar a los hombres lo que sea esta devoción, que desde el fondo de su claustro enviaba al mundo su paisana la maestra de novicias de Paray-le-Monial; aquél fue el alma, el móvil de las celebérrimas cruzadas, y ésta será la ignorada y oculta promotora de la nueva cruzada que ha de cristianizar la Europa. Preparábase la revolución francesa, grande por su maldad, y germinaban ya sus semillas en aquella espléndida y

corrompida Corte, donde los brillantísimos rasgos de santidad que a veces cruzaban la densa atmósfera, sólo servían para hacer más visibles el orgullo humano y las flaquezas carnales que le siguen, y preparábase al mismo tiempo, muy lejos y en muy distinto lugar que aquélla, la ardentísima llamarada de amor divino destinado a contrarrestarla. Dios no duerme cuando el enemigo de los hombres vigila. El mismo año en que Lutero empieza públicamente su diabólica misión en Alemania, que fue el de 1521, Dios Nuestro Señor quebró la pierna a Ignacio en el castillo de Pamplona, para sanarle y, de soldado desgarrado y vano, hacerle su capitán, caudillo y defensor de su Iglesia contra Lutero; como siglos antes habían nacido en un mismo día en Inglaterra el maestro del antiguo racionalismo, Pelagio, y en Africa el doctor de la gracia, que venía a aniquilarlo para siempre, Agustín de Hipona (1). Margarita de Alacoque estaba destinada a propagar lo que ya desde el principio del Cristianismo existía: debía ser la que popularizaría la devoción augusta que había tenido ya apóstoles fervorosísimos y profetisas ilustres; debía publicar a la faz del mundo aquellos misterios del Corazón de Cristo que San Agustín (2) escudriñaba por los agujeros que taladraron el sagrado Cuerpo; hacer notorios al común de las gentes aquellos apasionados latidos que tan divinamente sentía Santa Gertrudis (3) al profetizar que Dios reservaba el hacerlos palpables a la sociedad para los tiempos modernos cuando el mundo estuviese ya caduco y yerto. El signo de la contradicción del mundo, que adorna a toda obra divina, no faltó a la nueva devoción. La hipocresía de los herejes y la pusilanimidad de muchos doctores le persiguieron cruelmente, los poderes seculares le pusieron obstáculos, y cuando empezaba a brillar a los ojos de los fieles la nefanda revolución, hizo esconder otra vez este sagrado fuego bajo la humildad de la ce-

niza. La revolución fue su enemiga declarada, porque un poderoso instinto le hacía conocer que era la que debía acabar con ella; así como los hijos de la Iglesia han sentido la inspiración misteriosa y sobrenatural que los llamaba a cobijarse bajo las amorosas a las del celestial Pelicano que alimenta a los suyos con la propia sangre. *En las presentes calamidades todos levantan los brazos al Sagrado Corazón, y es porque sus misteriosos latidos, que percibió Santa Gertrudis, se comunican a toda la cristiandad, haciéndose manifiestos como se reveló a esta Santa que sucedería, y habiéndose dicho también a la Beata Margarita de Alacoque que en la nueva edad se manifestaría para aumento del amor divino.* Y estas revelaciones privadas de la grande hija de Benito y de la humilde hija de Francisco de Sales, no sólo la Iglesia las ha admitido, sino que se las ha apropiado, y ha creído oír en sus dulcísimas voces la poderosa del Omnipotente que revela sus propósitos a la humanidad muy diversamente y con distintos modos. Al orbe católico ha mandado celebrar la festividad del Corazón sagrado, y desde las modernas iglesias del Nuevo Mundo hasta las antiquísimas del Viejo Continente, la voz respetable de los Concilios provinciales ha exhortado eficazmente a los fieles a esta devoción como a principio de bienes y provecho espiritual. Y aquel magnánimo Pontífice, que por tan largo espacio de tiempo acaudilló y fue cabeza del mundo católico, y destruyó en el terreno especulativo las gigantescas y flacas construcciones del liberalismo y de la revolución, al lanzar desde lo alto del Vaticano a los cuatro puntos cardinales de la tierra los rayos de condenación y anatema a los principios fundamentales de una civilización anticristiana, considerando sin duda la desolación de la sociedad, que por unos momentos se había enamorado de un vano ídolo, con aquella su dulce y poderosa voz que hacía despertar a los aletargados, dirigiéndose a los fieles exclama: «En medio de las multiplicadas calamidades porque pasa la Iglesia y la sociedad civil, acójense todos a Jesucristo y a su Corazón dulcísimo, víctima de una ardorosa caridad para con nosotros, y eficazmente pídanle que con los lazos de su amor todo se lo atraiga, para que los hombres inflamados con su amor santísimo, anden en conformidad con los deseos de su Corazón.» Así hablaba en aquella inmortal Encíclica *Quanta Cura*, que, acompañada del *Syllabus*, dejó pasmados a amigos y enemi-

gos de la Santa Sede. Y la confianza en el Sagrado Corazón del valeroso Pío IX fue creciendo, y sus autorizadas enseñanzas al pueblo católico sobre aquella dulcísima devoción fueron cada día más apremiantes, hasta el punto de que, habiendo llegado ya la Iglesia a su completo abandono de los poderes terrenos, cuando no solamente dejaron de considerarla como a madre, sino que la trataron como enemiga, en el colmo de la amargura y de la desolación, en medio de la noche más cerrada, convoca a todos los que sienten en su alma el amor de Cristo y solemnemente les intima su voluntad de que se ofrezcan y consagren a su Corazón, buscando allí la Iglesia el apoyo y refugio que el mundo ingrato le negaba. Por lo cual, pocos años después, cuando la heroína de la Revolución vino a quedar víctima vergonzosa de la misma, al caer la ilustre nación francesa en el abismo de todas las derrotas, quedando convertida, la antigua señora de las naciones, en esclava que ha de pagar duramente sus liviandades, en medio de sus infortunios, vuela reflexiva por sus multiplicadas humillaciones, hace solemne y nacional promesa de levantar en las alturas del monte de los mártires, donde comenzó la Compañía de Jesús, un templo dedicado al Sagrado Corazón. Aquel París, pues, centro y ombligo, como la antigua Atenas, del mundo civilizado, foco de donde han partido los rayos de ardientes concupiscencias que han consumido las antiguas costumbres cristianas, será también un día u otro, por más que la malicia humana a ello se oponga, la que hará llegar a las más apartadas naciones el eco del humilde y amoroso himno de regreso de la sociedad al seno del divino Redentor, de donde jamás debería haber salido.

(1) Alonso Rodríguez, *Ejercicio de Perfección*, parte 3.^a, trat. (I cap. I), citando al notabilísimo historiador P. Pedro de Ribadeneira.

(2) «Per foramina corporis patent mihi arcana Cordis, patet magnum pietatis sacramentum, in manuali c. XXI.» Este hermoso texto se halla citado, entre otros, en las nutridísimas *Theses de Cultu Sacratissimi Cordis Jesu*, publicadas por los PP. Martorell y Castellá, S. J.

(3) Los sabios monjes de Solesmes han puesto a la magnífica edición de las «Obras restauradas y completas de las Santas Gertrudis y Matilde» el nombre de *Revelationes Gertrudianae ac Melchitichdianae*, y en verdad que ambas no son sólo profetisas del hecho de la propagación del culto del Sagrado Corazón de Jesús, sino también la muestra más evidente, y hasta ahora no superada, de la nueva y suavísima forma de devoción de que hablamos en el texto.

El corazón de Jesús está cerca

NARCISO TORRES RIERA

El demonio, y con él todos sus sicarios, «*anda rondando, como león rugiente, y busca a quien devorar*» (I Pe., 5, 8). Su obstinación inclinada necesariamente al odio contra Dios, y su eterna negación dirigida a pervertir a las almas en el fango de la impiedad, le llevan a rodear constantemente al hombre halagando sus debilidades para perderlo para siempre.

El infinito amor del Corazón de Jesús supera con creces esta dedicación exclusiva del maligno enemigo. A veces se pone a la figura del Corazón de Jesús comparada a un ser pasivo y lejano como si esperase pacientemente la solicitud del hombre. Pero no es así. El Corazón de Jesús es mucho más agente que paciente.

La humildad y mansedumbre del Corazón de Jesús (Mat., 11, 29) por la que se invita al hombre a tomar el yugo divino en el que se halla el descanso de toda tribulación supone una dedicación absoluta de amor eternamente vigilante en orden a conseguir la felicidad de todos y cada uno de los hombres.

«*Nadie tiene amor mayor que éste de dar uno la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos...*» (Jn., 15, 13), dirá Cristo, y sobre todo este amor es mayor para con los amigos pequeños: «*Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeños el Hijo del Hombre ha venido a salvar lo perdido*» (Mat., 18, 10-11), «*no es voluntad de mi Padre que se pierda ni uno solo de estos pequeños*» (Mat., 18, 14), «*en el cielo será mayor la alegría por un pecador que haga penitencia que por noventa y nueve justos que no necesitan de penitencia*» (Luc., 15, 7).

El Corazón de Jesús está pues muy cerca de todo hombre, pero de una forma especial está cerca de la «*oveja perdida*» y del «*hijo pródigo*». Es este el amor misericordioso del Corazón de Jesús que se acerca y ama sensible y especialmente al desvalido, abandonado y pobre a los ojos de este mundo. A éste, que perdido va por las calles, con las manos vacías, reflejando en su rostro la desesperanza, el amor del Corazón de Jesús le está muy cerca.

La amistad del Corazón de Jesús no se aparta del amigo querido, que son todos los hombres. Es el hombre el que rechaza este amor infinito de Dios. En categorías humanas se suele hablar de amistad en términos de conveniencias o de concesiones reconocidas. El amor del Corazón de Jesús nada sabe de eso: sus desvelos y favores se conceden a tiempo y a destiempo, su amor no se aparta, sino que, cuanto más un hombre se aleja de El, tanto más el corazón de Jesús lo persigue y asedia con la tierna y suave misericordia de sus brazos amorosos. El amor del Corazón de Jesús nada sabe de rencores, de ofensas y de ingratitudes, pues lo perdona todo, lo olvida todo, lo entrega todo.

Esta proximidad del amor del Corazón de Jesús en la que se refleja su incansable insistencia de amar y ser amado es descrita de forma admirable por uno de los sonetos de Lope de Vega:

*Qué tengo yo que mi amistad procuras,
qué interés se te sigue Jesús mío,
que a mi puerta cubierto de rocío
pasas las noches del invierno a oscuras
¡Cuántas veces el ángel me decía:
asómate agora a la ventana
verás con cuánto amor llamar porfía...*

Lope de Vega describe evidentemente el amor de Jesús con un incesante e incansable repique-tear a las puertas de nuestra alma. El amor del corazón de Jesús quiere especialmente ser correspondido, acude sin vacilar al «*cariño*» del amigo por el que se desvela constantemente. Dios está muy cerca. «*Mira que estoy a la puerta y llamo*» (Apo. 3, 20) y esta llamada es una invitación al amor con Cristo y con todo el hombre.

El propio Juan Pablo II en su encíclica *Dives in misericordia* nos presenta al amor de Cristo como entrega interesada y dirigida especialmente a aquellos que lo han perdido todo: «*La misericordia, tal como Cristo nos la ha presentado en la parábola del hijo pródigo, tiene la forma interior del amor, que en el Nuevo Testamento se llama*

ágape. Tal amor es capaz de inclinarse hacia todo hijo pródigo, toda miseria humana y singularmente hacia toda miseria moral o pecado» (Encl. Dives in misericordia, IV, 6).

El amor misericordioso no conoce los límites en que el amor deba desviarse y retroceder. El amor del Corazón de Jesús es pues muy sensible hacia lo que el mundo juzga como inútil, inválido y apartado de lo que se considera normal. Aquello por lo que humanamente se siente pena y ganas de olvido, queriéndose pasar de incógnito y sin ser notado, es a lo que el amor del Corazón de Jesús le dedica especial atención y dedicación. Es la actitud del buen samaritano. Nadie socorría al hombre medio muerto y abandonado en un camino entre Jerusalén y Jericó. El buen samaritano *«viéndole, movido a compasión, acercándosele, le vendó las heridas derramando en ellas aceite y vino, y haciéndole montar sobre su propia cabalgadura, le condujo el mesón y cuidó de él...»* (Luc. 10, 33-34).

El amor del Corazón de Jesús se acerca también *«singularmente»* al pecador, a aquel hombre que tal vez humanamente nos parece insoportable a causa de sus vicios y pecados, con cuya amistad nos sentimos más que molestos. Mientras el hombre se aleja, el amor del Corazón de Jesús se acerca.

Para Juan Pablo II es una necesidad de la Iglesia, cuando quiere imitar este amor de misericordia divina, el dirigirse, cual fuente infalible, al Corazón de Cristo: *«La Iglesia parece profesar de manera particular la misericordia de Dios y venerarla DIRIGIENDOSE al CORAZON DE CRISTO»* (Encl. Dives in misericordia, VI, 13). Este dirigirse tiene un sentido temporal y condicio-

nal a la vez. Si la Iglesia falla en este aprender del amor del sagrado Corazón de Jesús, es entonces débil, puesto que no se ha captado el sentido del amor misericordioso de Dios, sentido que se cumple en el misterio del Corazón de Cristo: *«el acercarnos a Cristo en el misterio de su Corazón nos permite detenernos en este punto, en un cierto sentido central y al mismo tiempo accesible en el plano humano, de la revelación del amor misericordioso del Padre, que ha constituido el núcleo central de la misión mesiánica del Hijo del Hombre»* (Ibidem).

Sólo acercándonos al Corazón de Jesús podemos estar próximos al amor misericordioso de Dios. El Corazón de Jesús es así no sólo núcleo central para la unión del cristiano con Dios, sino que sólo a través de este inmenso amor del Corazón de Jesús *«la Iglesia vive una vida auténtica, cuando profesa y proclama la misericordia»* (ibidem).

Vivir en la Iglesia es pues acercarnos a este profundo, a la vez que consolador, misterio de amor del Corazón de Jesús y en consecuencia aprender sólo de ahí el modo y la forma de estar próximos a todos los hombres, especialmente los débiles, tanto del cuerpo como del alma.

No se trata de realizar unos fines sin reparar en los medios. Esta entrega de amor no se identifica con la fuerza de la violencia. Cristo no vino a instaurar un sistema político, sino algo que está por encima de todas estas contingencias envolviéndolas a todas con la inspiración del amor de su Santo Corazón, en cuyos latidos está el secreto de los secretos, la solución de las soluciones, el amor de los amores.

La opinión pública desorientada por falsos maestros

La experiencia reciente muestra cuán fácil resulta la degradación moral y espiritual de la familia, incluso en regiones donde ésta constituye su riqueza más pura. Es de lamentar la inestabilidad mostrada por amplios sectores de la opinión pública ante la actitud de personas y grupos que niegan al Magisterio la competencia en materia de moral conyugal, declarándose al mismo tiempo indulgentes con el divorcio y las experiencias prematrimoniales. Estos falsos maestros han hecho mucho daño logrando esparcir sus voces por el mundo entero.

PABLO VI

LA OBRA DEL CORAZON DE JESUCRISTO

LO FUERTE DE LA DEVOCION AL CORAZON DE JESUS

Nos complacemos en reproducir de «LA OBRA DEL CORAZON DE JESUCRISTO» los dos textos siguientes sobre el culto al Corazón de Jesús en ella publicados.

Muchos desprecian la devoción al Corazón de Jesús con la excusa de que es más bien una devoción de «mujercitas», blandengue, falta de consistencia, demasiado fácil, dulzona... Pero en realidad no es éste el verdadero motivo, sino precisamente el motivo contrario que ellos se callan. En realidad la devoción al Corazón de Jesús les resulta demasiado comprometida. Una sola buena confesión y comunión de un primer viernes de mes es ya un verdadero «compromiso»... y si esto se repite durante nueve meses, ya crea un estado de compromiso mayor... El tener siempre a la vista la imagen de Jesús con un corazón que nos ama compromete también... La consagración al Corazón de Jesús, la reparación, exigen imperiosamente el abandono del pecado y la lucha contra él... Y si uno se adentra en los escritos de los Santos que vivieron esta devoción —entre los cuales sin duda sobresale Santa Margarita— llega hasta a asustarse ante lo heroico y lo «fuerte» de esta devoción... Sí, la devoción al Corazón de Jesús es propia de personas fuertes, y también de muchas mujeres, pero de mujeres fuertes...

Y sin embargo es verdad que la devoción al Corazón de Jesús no es difícil. Es una de las devociones más fáciles. Es Jesús con su corazón que nos ama, y ello resulta sumamente fácil. No hay pecador, no hay frialdad religiosa, que pueda sen-

tir dificultad en acercarse a Jesucristo que le ofrece su corazón... Y es precisamente esta facilidad con que nos presenta el compromiso lo que hace a esta devoción sumamente eficaz, aun en su misma naturaleza y prescindiendo ahora de las gracias y carismas con que el Señor ha querido enriquecer siempre la devoción a su amor, ya desde el Antiguo Testamento, como advirtió muy bien el P. Díez Macho en el reciente congreso del Corazón de Jesús de Valladolid.

La devoción al Corazón de Jesús es, pues, una devoción verdaderamente «fuerte». Fuerte y eficaz para mover los corazones de los hombres hacia Cristo. Fuerte y eficaz para convertirlos a él. Fuerte para adentrarnos en el corazón de los grandes misterios de Cristo, de su cruz y de su redención... y también de su resurrección y vida gloriosa, de la que nos hará participar amorosamente ya en este mundo mientras sea necesario y posible compaginarla con la cruz que hemos de abrazar para al fin morir en ella imitando a nuestro divino Redentor.

Por todo ello es que los Papas han tenido siempre en grande estima y han recomendado especialmente esta santa devoción a la Iglesia. Aceptemos sus directrices. Penetremos en esta devoción.

DON RICARDO

El Corazón de Jesús en la «Haurietis Aquas» de Pío XII

El Papa deplora que algunos cristianos no tienen este culto en la estima debida

«Aunque la Iglesia ha tenido siempre y tiene en tan grande estima el culto al sacratísimo Corazón de Jesús... es muy doloroso comprobar que en el pasado y en nuestros días algunos cristianos no tienen este nobilísimo culto en el honor y estima debidos, y a veces ni aun los que se dicen animados de celo sincero por la religión católica y por la propia perfección. «Si tú conocieras el don de Dios» (Jn,4,10)...

La Iglesia, afirma el Papa Pío XII, ha tenido siempre en grande estima el culto y devoción al Corazón de Jesús y «se empeña en fomentarlo y propagarlo» entre los cristianos. También ha cuidado de «defenderlo» de las posibles desviaciones de «naturalismo y sentimentalismo». Sin embargo hay cristianos, y deplora el Papa Pío XII que se trata de buenos cristianos, que menosprecian o desprecian esta devoción. Indudablemente se trata de cristianos que «abrigan prejuicios» contra esta devoción. Unos porque «la confunden o equiparan con las diversas formas de devoción que la Iglesia aprueba y favorece, pero que no prescribe» y así les parece más necesario dedicar sus energías, sus recursos y su tiempo, por ejemplo, a la defensa de la verdad católica o a propagar la doctrina social de la Iglesia. Otros no creen que esta devoción sea «un poderoso medio para establecer y renovar las costumbres cristianas», sino que la creen más bien una devoción «sensible», propia de mujercillas, «no informada en altos pensamientos y afectos» religiosos. Hay quienes no aprecian las virtudes llamadas «pasivas», que creen solamente en la «acción», en la lucha por «el triunfo de la fe católica» y en la defensa de la vida y «las costumbres cristianas». La «penitencia, expiación y otras virtudes» propias de esta devoción les parecen medios «poco adaptados, por no decir nocivos, a las necesidades espi-

rituales más urgentes de la Iglesia y de la humanidad de la hora presente», como son el «indiferentismo», «el materialismo ateo y el laicismo» que han invadido e inficionado nuestro «modo de pensar y de obrar».

Sin embargo Pío XII amonesta con toda su autoridad y la de sus predecesores a estos cristianos: «¿Quién no ve cuán ajenas son estas opiniones del sentir de Nuestros predecesores, que desde esta cátedra de la Verdad aprobaron públicamente el culto al sacratísimo Corazón de Jesús?» Se refiere expresamente Pío XII a las recomendaciones del Papa León XIII, que llamó a la devoción al Corazón de Jesús «estimadísima práctica religiosa» que «a todos será de provecho» y en la que veía el remedio para conjurar los grandes males que afligían a la Iglesia (Enc. *Annum sacrum*, 25 mayo 1899); y también se refiere a Pío XI que en su encíclica «*Miserentissimus Redemptor*» (1928) definió la devoción al Corazón de Jesús como «compendio de toda la religión y la norma de vida más perfecta». Recuerda también que en su primera encíclica (*Summi Pontificatus*, 1939) expresó públicamente su gozo «al contemplar el feliz y triunfal progreso del culto al sagrado Corazón de Jesús... por los innumerables frutos de salvación que había producido en toda la Iglesia». Frutos que, constata Pío XII, «no han mermado ni en número, ni en eficacia, ni en hermosura, si no más bien han aumentado» manifestándose en nuevas iniciativas, asociaciones y actividades de piedad, de apostolado intelectual y de caridad, y en las consagraciones al Corazón de Jesús de individuos, instituciones y aun naciones, promovias especialmente por el Apostolado de la Oración.

Estas son la «grande abundancia de aguas» que contempla Pío XII y nos certifica «brotaron del sagrado Corazón de nuestro Redentor», los «dones celestiales del supremo amor (que) se derramaron sobre incontables hijos de la Iglesia católica por obra e inspiración del Espíritu Santo».

«RESTAURACION EN CRISTO DEL ORDEN SOCIAL»

Fr. ANTONIO DE LUGO. — O. S. H.

El designio salvífico de Dios, está claramente expuesto por San Pablo, en su carta a los Efesios: «...notificándonos el misterio de su voluntad, según su beneplácito, que se propuso en él, en orden a su realización en la plenitud de los tiempos, de **RECAPITULAR EN CRISTO, TODAS LAS COSAS, LAS DE LOS CIELOS, Y LAS DE LA TIERRA**» (Ef. 1-9-10; la misma idea, en Col. 1-20). Ya desde sus comienzos, la Iglesia, se ha lanzado por todo el ancho mundo a predicar la buena nueva de la salvación, a todos los hombres. Las dificultades que hubo de superar, frente a un mundo paganizado, humanamente insuperables, si la fuerza de la Palabra de Dios, por su Hijo «Id por todo el mundo, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt. 28-19), no sostuviera su debilidad natural; no obstante, los Apóstoles, en el nombre del Señor «partiéndose de allí predicaron por todas partes, cooperando el Señor, y confirmando la palabra, con las señales que la acompañaban» (Mc. 16-20). Por la historia, conocemos las grandes persecuciones de los primeros siglos, así en Oriente como en Occidente, por confesar el nombre de Jesucristo, y que no han cesado hasta hoy. Pasada aquella que, no sin razón, se ha podido llamar «era de los mártires», aparecen en la Iglesia, otras manifestaciones de signo religioso y cristiano; el más destacado, el gran movimiento monástico, que causa admiración a un mundo, que, por todos los medios trata de impedir la penetración del cristianismo.

Pese a las herejías de los primeros siglos, la semilla del Evangelio, se va convirtiendo en árbol frondoso, del cual brotará, sin tardar mucho, un nuevo orden social. Los grandes Concilios de Nicea (325), Constantinopla (381), Efeso (431), y Calcedonia (451), se preocuparon de matizar y aquilatar la doctrina revelada, expuesta en fórmulas dogmáticas y proclamadas en los llamados símbolos de la fe. La concepción de la vida, del hom-

bre, de la familia y de la sociedad, en sus distintos estratos, fundamentada en la doctrina que la Iglesia predica como revelada por Dios, es aceptada de buena voluntad, por aquella sociedad, que con toda propiedad, se llama cristiana, y será el punto de arranque de una nueva civilización, con grandes repercusiones, en la cultura, ciencias, artes, etc... Con la aparición, el año 1.303, de un movimiento humanista, inspirado en la cultura pagana grecorromana, y que habrá de ejercer notable influencia, incluso dentro de la Iglesia misma, el espíritu cristiano de la sociedad, recibirá un notable impacto, que afectará no sólo a la vida religiosa, sino también a la política, social e incluso económica; la cristiandad sufre, entonces, un serio quebranto. El Señor no abandonará jamás a su Iglesia, ya que El mismo afirmó: «Pasará el cielo y la tierra, pero mis palabras no pasarán»; el Renacimiento no rompe la unidad cristiana, pero prepara el camino a movimientos posteriores demoleedores de la misma.

No es este el lugar, ni siquiera el momento de exponer los motivos que movieron a Martín Lutero, antiguo religioso agustino alemán, a separarse de la Iglesia Católica. Los daños que, con su falsa reforma ocasionó a la Iglesia han alcanzado, sin duda, a toda la humanidad; lejos de reformar las costumbres, un poco relajas de la cristiandad, contribuyó eficazmente a agravar la crisis religiosa y moral. El movimiento protestante, iniciado por Lutero en 1.517, conserva ciertamente la fe cristiana, y mantiene el concepto espiritual y trascendente de la vida; al apartarse de la verdadera y única Iglesia de Jesucristo, abandona, por lo mismo gran parte de su patrimonio espiritual, confiado por Dios a su Iglesia. Sin duda que, lo que hoy llamaríamos, ala izquierda del Renacimiento, ha influido, al menos remotamente, en la escisión luterana. Algunos años más tarde, surgirían otros movimientos de contestación a la Iglesia, que dispondrán los ánimos

al indiferentismo y más tarde a la apostasía. Se cierne una seria amenaza a la unidad católica en Occidente; la penetración de doctrinas disolventes, en la sociedad cristiana, será el vehículo que conduzca a la catástrofe. El Oriente, siglos antes, había rasgado la unidad eclesial, con el célebre cisma de Miguel Cerulario en el siglo XI, iniciado por el también Patriarca de Constantinopla, Focio, en el siglo IX.

Una corriente ideológica, la «Ilustración», que en el siglo XVIII, inundó Europa, con sus errores, sin que se pueda decir que nació dentro de la reforma protestante, es indiscutible, que, al menos ha influido en su aparición; es posible que, según el sentir de algunos, la ilustración, sea como la última etapa del Renacimiento laicista, racionalista, naturalista; la ilustración encierra en su seno, al filosofismo o enciclopedismo, todos ellos, progenitores del futuro liberalismo del siglo XIX. La práctica tan luterana, del libre examen, la oposición a la Jerarquía de la Iglesia, el concepto errado de los Sacramentos, y en general la desacralización del culto divino, abrió el camino al racionalismoliberal. En el siglo XVIII, aparece en Inglaterra, la Masonería (año 1.717), con la apertura de su primera logia; no es el momento de bucear en sus orígenes, y si tiene o no algo que ver, al menos en su inspiración, con los cristianos gremios medievales; la masonería que conocemos es misteriosa, secreta, doctrinaria, filosófica y proselitista; no admite el orden sobrenatural; rechaza todo dogma y toda moral, que no sea la puramente natural, y está interpretado ¿por quién...? Su oposición a la Iglesia Católica, es radical, por razones obvias, y de sobra conocidas; aun cuando por táctica estratégica, haya moderado sus procedimientos sectarios, doctrinalmente es la misma; sus secretos son impenetrables a los no iniciados, y de éstos, sólo los grados supremos. Son muchos los Papas que, han condenado la masonería, y cuando tantos Pontífices insisten en ello sin duda, las razones son poderosísimas. ¿Tiene la masonería, puntos de contacto, al menos en su concepción naturalista, con el Renacimiento...? El año 1789, estalla en Francia la revolución que, de tiempo atrás, se venía gastando; aparte los motivos inmediatos que la originaron, su filosofía está muy influenciada por los anteriores movimientos ideológicos. Los desastres sociales que han originado, no sólo en Francia, sino en todo el mundo, son de sobra conocidos.

A medida que las nuevas ideas penetran en

la vida social de los pueblos, se advierte una tendencia muy marcada a la secularización; poco a poco el secularismo penetra en la misma Iglesia, como, por desgracia, comprobamos en nuestros tiempos. Está fuera de duda, que la enciclopedia y la masonería, han sido valiosos instrumentos de fermentación, en las clases superiores, y en élites más cultivadas, seducidas por las apariencias con que siempre se presenta el error; su objetivo último, es desde luego, la descristianización de la sociedad. El marxismo hace su entrada en la historia a mediados del siglo XIX; se funda en una filosofía materialista y atea, y apunta a la creación de una sociedad sin religión, desvinculada de toda idea de Dios y rechaza los principios morales; su objetivo inmediato, afín al de la masonería, la destrucción del orden social cristiano, comenzando por su fundamento, la Iglesia Católica. Está claro, que masonería marxismo y filiales, tienen una misma finalidad última, y unos mismos objetivos inmediatos ¿obedecen al mismo amo que las maneja...? Los Papas Pío IX, León XIII, Pío XI, Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI, han rechazado tales movimientos, como contrarios a la fe católica; las expresiones con que se condenase, sobre todo, en las Encíclicas «Quod Apostolici muneris», de León XIII y «Quadragesimo anno», de Pío XI, en las que se condena el socialismo, no pueden ser más claras y precisas; sin embargo las supera la «Divini Redemptoris», de Pío XI, en la que condena el comunismo, y donde afirma que es «intrínsecamente perverso» por ser materialista, ateo, irreligioso y atentatorio a la misma dignidad humana. Carlos Marx, hace público el «Manifiesto del Partido comunista», en 1848; como sistema político-económico, su fracaso está de sobra evidenciado, y como filosofía se aparta del derecho natural. Es posible que tanto el marxismo, en su doble vertiente, como la masonería, deban bastante, a esa fuerza internacional, de gran potencialidad económica, y con poderosa influencia, para sus fines, en el concierto de la vida internacional de los pueblos: es el «sionismo», poder subterráneo, impersonal, que trata de imponer en el mundo, una civilización naturalista, al margen de toda religión; entra también en el concierto del liberalismo, que se da la mano con el sionismo.

En los comienzos del siglo XX, hacen aparición pública en la Iglesia diversos movimientos sociales de inspiración netamente cristiana, animados de las mejores intenciones, y fieles a la

Iglesia; no obstante, la Autoridad Suprema, hubo de intervenir, e incluso desautorizar algunos de ellos, que se habían desviado de sus primigenios principios cristianos. En los estudios teológicos, surgen diversas escuelas, animadas de ideas, no siempre aceptables, y en ocasiones con serias desviaciones y errores, que los Papas, sobre todo San Pío X y Pío XII, señalaban e incluso condenan. Los errores modernistas, fueron seriamente condenados por el Papa San Pío X, en la Encíclica «Pascendi». El Papa Pío XII en la «*Humani generis*», señala otros posteriores al modernismo, el cual es un conjunto de errores, bajo el influjo de la filosofía y la crítica moderna, con la pretensión de una radical renovación de la Iglesia; hoy, tales desviaciones reviven con virulencia, en el llamado «progresismo». El proceso de secularización ha sido lento; a partir del Renacimiento comienza una evolución y el progresismo señala, la última etapa. El pueblo de Dios, y la misma sociedad civil, apenas se han dado cuenta de la infiltración, y sutilmente, la fe ha sido minada; tal vez, todos tengamos nuestra parte de culpa en el proceso; la falta de espíritu cristiano así entre los fieles como entre el clero y los religiosos, ha facilitado la labor demoledora; no obstante, confiados en la palabra de Dios, debemos cobrar confianza, en la seguridad de que, el Señor, una vez más, salvará a su Iglesia, y con ella, a la sociedad humana, víctima de poderes ocultos, que instigan las humanas pasiones, diabólicamente manipuladas.

Europa, continente de recia tradición católica; cuna de la cristiandad, regalada del Cielo con tantas y tantas gracias, de las que son prueba, la gran cantidad de santos canonizados, y las grandes obras que en servicio de la Iglesia y de la humanidad, se han llevado a cabo dentro del continente, con proyección a otros mundos, está en peligro de sumergirse en la barbarie y en el paganismo; se impone, una auténtica cruzada de oración y vida netamente cristiana, de caridad evangélica, de austeridad y moderación, que despierte la solidaridad que, como fruto de la caridad cristiana, debe hermanar a todos los pueblos. Es evidente que, el antiguo continente se ha degradado en sus costumbres, y vuelto de espaldas a Dios y a su Ley santa, ha apostatado oficialmente, de la fe sustituyendo leyes de inspiración cristiana, por otras fundadas, en la ley del pecado, y en no pocos casos, contra la misma ley natural, que al fin es la expresión más primitiva de la Ley de

Dios. La decadencia de los valores religiosos y morales, está a la vista de todos. España, que, como pueblo, se había mantenido incommovible en su fe católica, se ha uncido al carro del liberalismo laicista, y como consecuencia necesaria, también oficialmente abandona la fe de sus mayores; no obstante el pueblo español, en su casi totalidad, conserva su fe. ¿Cómo es posible que, invocando la defensa de los derechos humanos, tantos y tantos pueblos, se vean violentados en sus conciencias, en sus familias y hasta en sus intereses? Recordemos como un Papa, Urbano II, a finales del siglo XI, en un Concilio celebrado en Clermont, hizo un llamamiento a la cristiandad, cuya respuesta fue la primera Cruzada, en defensa de la fe y reconquista de los Santos Lugares. Como ellos, también nosotros, hoy, al grito de ¡Dios lo quiere!, debemos cobrar conciencia de la necesidad de una valiente defensa de la fe católica, que lleva consigo la reconstrucción de la sociedad, sobre el fundamento de la Verdad, que es Jesucristo; hay que salvar la civilización cristiana, a punto de perecer. La Iglesia Católica, es depositaria de la palabra de Dios, y de los instrumentos eficaces de salvación; iluminados con la luz de su doctrina, en sumisión a su Magisterio, es posible, la vuelta a Dios, en masa; las dificultades son grandes, pero no olvidemos que la fe tiene una misteriosa fuerza, con la cual podemos superar las mayores dificultades, no en vano afirma el Apóstol, en carta a los filipenses: «Lo puedo todo en Aquel que me conforta», (Fil. 4-13). En este quehacer todos tenemos un puesto, el eclesiástico el religioso y el seglar; importantísima la misión de las personas, orantes por vocación, que con sus plegarias ininterrumpidas y su ofrenda magnánima, alcanzan del Señor, las gracias necesarias a la empresa, que no es sólo de los hombres, es sobre todo, de Dios, que quiere «restaurar todo en Cristo, así las cosas del cielo, como las de la tierra», y en esta Cruzada por la instauración del Reino de Cristo en el mundo, también los poderes civiles tienen su parte; no es sólo misión eclesial, ya que, los laicos, forman parte de la Iglesia; a ellos toca el ordenamiento temporal de sus pueblos, y cuando éstos son católicos, tal ordenamiento, de acuerdo con la doctrina de la Iglesia, y la voluntad divina transmitida por San Pablo, no puede hacerse, ignorando a Dios y su mandato. En la reconquista de las posiciones que la cristiandad occidental ha entregado cobardemente al enemigo de Dios y de su Iglesia,

y por eso también de la persona, de la familia y de la sociedad, España no puede quedar ajena, más bien le cabe un papel de excepcional importancia, pero antes debe recuperarse a sí misma, salir del estado de degradación moral a que ha sido reducida, pese a las hondas raíces de su fe y de sus principios morales; tiene clara explicación, la ofensiva de poderes extraños y ocultos contra España; quizás temen perder sus logros, si España, remonta la situación religiosa y moral que la tiene postrada, y se lanza a velas desplegadas, con el ardor de su temperamento hispánico y la hondura de su fe, a la recuperación de los más altos valores del espíritu, hoy, por desgracia tan conculcados, y casi abolidos. De todas formas, urge una seria campaña de catolización auténtica, profunda, sustentada por la plegaria fervorosa y confiada, y a la vez valiente y decidida, bajo la mirada de la Iglesia, que siempre ha bendecido las empresas más arriesgadas, si a ellas mueve al amor a Dios, a su Iglesia y a la humanidad, aplastada hoy, por el peso de su apostasía.

«Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva», y San Pablo matiza más

y escribe: «Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad» (1.º Tim. 2-4); para llegar a lconocimiento de la verdad plena, no sólo ha muerto el Hijo de Dios, Jesucristo, sino que además, una vez consumada la obra redentora, desde el Cielo, nos envía su Espíritu que es el Espíritu de Dios y del cual, El mismo había dicho a sus apóstoles: «Estas cosas os he hablado estando con vosotros; mas el Paraclito, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, El os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que Yo os dije» (Jn. 14-25-26). En efecto, solo el Espíritu divino, que anima a la Iglesia, puede realizar las transformaciones más profundas, así en las almas, como en la familia, en la Iglesia, y también en la sociedad civil. Una actitud de apertura a su acción divina, misteriosa, pero eficaz, y una humilde, pero seria y constante colaboración por nuestra parte, puede traer al mundo la renovación que todos deseamos y con ella la auténtica «restauración de todas las cosas en Jesucristo, Rey del Universo».

Fr. ANTONIO DE LUGO O.S.H.

.....

EL PAPA A LOS ESPAÑOLES

PIO XI

1933

Nos, con todo el ánimo y corazón de padre y pastor, exhortamos vivamente a los obispos, a los sacerdotes y a todos los que en alguna manera intentan dedicarse a la educación de la juventud a promover más intensamente, con todas las fuerzas y por todos los medios, la enseñanza religiosa y la práctica de la vida cristiana entre los jóvenes. Y esto es tanto más necesario cuanto que la nueva legislación española, con la deletérea introducción del divorcio, osa profanar el santuario de la familia, sembrando así —junto con la intentada disolución de la sociedad doméstica— los gérmenes de la más dolorosa ruina en la vida social.

.....

Una obra blasfema impregnada de marxismo

Sobre el tema de la infiltración marxista en importantes sectores eclesiales, se ha escrito y se ha hablado mucho, incluso por las altas jerarquías de la Iglesia. Eso no obsta para que insistamos acerca del peligro arropado bajo el camuflaje de la estructura eclesial.

El hecho es muy grave y de gran actualidad en los países de origen hispano. Hoy la situación parece asemejarse a las épocas de grandes crisis doctrinales, por ejemplo: el arrianismo y el protestantismo.

Si del siglo IV está escrito que toda la Iglesia se había vuelto Arriana, hoy parece que ha sucedido algo parecido con respecto al Marxismo. Sobre esta afirmación hay que hacer muchas matizaciones, exceptuando al Papa, a muchos Obispos, Sacerdotes, etc.

Pero el hecho está ahí, aunque a los creyentes nos duela:

Una de las principales tácticas del Marxismo actual es la utilización de la estructura eclesial como instrumento de su lucha mundial a favor de la Revolución Comunista. Podríamos enumerar multitud de ejemplos que explican muchos de los problemas de la Iglesia en casi todos los países de habla hispana. Aquí nos vamos a referir en concreto a la reciente divulgación de una obra de carácter blasfemo titulada: «Un tal Jesús». Esta obra está desautorizada por los Episcopados de Chile, Argentina, Uruguay, Colombia, Costa Rica, Guatemala y Honduras.

También ha sido desautorizada por el CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano) y también por el Cardenal Rossi, prefecto de la Congregación para las Misiones de la Iglesia.

La obra es un ejemplo más de la Teología de la Liberación: Instrumento marxista para introducirse en los países iberoamericanos que son básicamente cristianos.

El trabajo consiste en una vida de Jesús a la que se le ha quitado el contenido sobrenatural,

mostrando al Señor como afín a las guerrillas. «Un tal Jesús» se ha presentado en una serie de 36 cassettes, dividida en 144 capítulos, sobre la vida de Jesús. La estructura técnica del texto es semejante a las fotonovelas para de esta manera poder influir sobre el pueblo sencillo iberoamericano.

Al parecer, la coautora del trabajo al que nos estamos refiriendo es una misionera seglar, expulsada de El Salvador por trabajar en favor de la guerrilla centroamericana. Se trata de María López Vigil, que fuera recibida en España por gran parte de la prensa y por algunos medios eclesiásticos como si fuera mártir de los tiempos modernos. La verdad es que dicha persona es parte del Comunismo Marxista, interesado de una manera especial en la conquista de El Salvador y los otros países libres de Centroamérica.

No olvidemos que la anticristiana obra «Un tal Jesús» se presenta dentro de una campaña de Solidaridad Centroamericana. Ya sabemos con qué finalidad y de qué forma promueven los comunistas las campañas de solidaridad; se involucra al mayor número de personas, gentes de buena voluntad, sacerdotes, religiosos, etc.

Una vez que esos países, por los que se hacían campañas de solidaridad, han caído en la órbita comunista se acaban las campañas pro derechos humanos, aunque la situación sea peor que antes. Por ejemplo: Vietnam y Nicaragua.

Una mayor profundización del tema expuesto se encuentra presente en otros trabajos y por otros autores. Las anteriores líneas no han tenido otra finalidad que señalar y concretar, cumpliendo con nuestra obligación de desenmascarar al Comunismo Marxista, presente dentro de ciertos sectores de la Iglesia.

Finalizamos afirmando que la obra «Un tal Jesús» es un trabajo *blasfemo* impregnado de *Marxismo materialista* y *ateo*...

SANTIAGO NAVARRO ORIGEL

BERNANOS

Viaje a una experiencia religiosa

Bernanos, en una de sus novelas, *La alegría*, nos presenta la encantadora espiritualidad de una joven, Chantal, sumergida en un caserón dominado por desasosegantes complejos neuróticos. Chantal, que al faltar su madre, empuñó las riendas de la casa, acaba asesinada por un extraño criado ruso, como si la complicación quisiera eliminar a la simplicidad.

Ya sé que hablo de una obra que ha merecido numerosos estudios en busca de su profundidad. Pero, al lector inquieto, siempre se le ofrecen nuevas facetas en el amplio marco de esta novela psicológica. «Hasta entonces, se refiere a Chantal, no había entrado nunca en el mundo extraño, donde sólo podía llegar bajando por una pendiente insensible.» Pero esta vez experimentó la sensación de una caída a plomo. Tuvo la impresión de que le envolvía una agua profunda. Un peso inmenso, que constantemente va aumentando, hace que su cuerpo desfallezca. «Como si le arrancaran el ser, de una manera tan brutal, tan dolorosa, que el alma, violentada, sólo pudo responder con un silencio horrible.» Y en un instante brota la Luz de todos lados. Todo se ve recubierto por esta divina claridad. Y ella la concentra en un punto de su ser, «como si de esta manera confiase en hacer saltar un último obstáculo y pudiese perderse en Dios por esta brecha». Siente un dolor esencial, liso, desnudo, «como una roca gastada por la marea». Experimenta dolores físicos. Pero aquel sufrimiento ya no le pertenece, ya no es suyo. Diríase la efusión «de su carne desgarrada, aniquilada». «Ya no poseo nada», pensaba. «Si El lo quisiera, yo ya podría morir». Espera la muerte. Ya no puede vivir sin morir. Aquella Mano que ya no puede cerrarse por estar enteramente abierta por clavos, se la regalará.

«Pues, oh maravilla!, no fue el impulso del éxtasis lo que le hizo franquear el último tramo, sino, al contrario, el esfuerzo apenas consciente que ella intentó para librarse, para recuperarse. Esta vez, ella había entrado demasiado en la Pre-

sencia que no tiene límites, y no pudo hacer otra cosa que abandonarse como el corredor al final de la carrera y, mientras creía rechazar aún el don sublime del cual se consideraba indigna, la Agonía divina venía a fundirse en su corazón mortal y lo arrastraba con sus garras.»

La protagonista compara sus sentimientos con los de Cristo, cuando se ve traicionado. Jesús amó como un hombre todas las cosas terrestres, las pacificadoras y las amasadas con angustia. «Todo esto lo amó humanamente, a la manera de un hombre, pero como nunca un hombre lo había amado ni lo amaría jamás.»

Esta vida interior tan profunda descansa en una teoría de cualidades que adornan a la moza: simplicidad, piedad humilde, un ingenuo horror a la confusión, al desorden, cordura, razón ágil, valores humanos que amasara un sacerdote que murió, el Padre Chévance, que había formado con pasión, tacto y delicadeza a quien después de su muerte se consideraba huérfana.

Chantal era humilde. Se creía ligera como un átomo de polvo impalpable que se balanceara suspendido en la voluntad de Dios. El mismo Padre Chévance tuvo que reprenderla varias veces por haberse hurtado a ciertas ocasiones de agrandar o ser loada. Su ambición no podía ser más sencilla: hacer perfectamente las cosas fáciles. Su simplicidad era fulminante.

El Padre Chévance le había prohibido que, cuando la muerte le separara de él, cambiase el orden de su vida. Esta había de ser insignificante. La vida de ambos había de estar escrita en un estilo muy familiar, que sólo Dios entiende.

Chantal dudaba de la autenticidad de su oración. El P. Chévance la reprendía: «¿Qué te importa saber si haces o no oración? ¿Y qué me importa a mí saberlo, mientras me esfuerce en dar cima en ti, día tras día, al mandamiento de la caridad?»

En medio de un ambiente pervertido mentalmente, morbosos y enfermizo, la muchacha senci-

lla y alegre era la única esperanza. Sin embargo, ella misma duda de la misión que en aquel case-rón de gentes presuntuosas y complicadas le ha dado el cielo. «Sí, si es cierto que lo esperaban todo de mí, ¿qué es lo que les he dado?» «Ay, ¡sólo me tienen a mí» dijo. «Y Dios los olvida!»

«No nos escapamos» observa en una ocasión Chantal «más los unos de los otros que de Dios. De común, sólo tenemos el pecado.» Antes la muchacha temía el mal; pero no cómo hay que temerle, sino con horror. «A veces nosotros sabemos del mal mucho más que mucha gente que sólo ha aprendido a ofender a Dios. Yo he visto morir a un santo; aquí donde me ve, y esto no es lo que usted se imagina, no se parece en nada a aquello que leemos en los libros; hay que mantenerse con firmeza allí delante; se oye crujir el armazón del alma. Entonces comprendí lo que era el pecado... Todos nos hallamos dentro del pecado, los unos para gozarlo, los otros para sufrirlo, pero al cabo es el mismo pan que nos partimos Cabe la fuente.»

Chantal dice refiriéndose a los habitantes de la casa: «¿Capaces de todo? Más pronto no los creo capaces de nada. Dios mío, Dios mío, mienten demasiado, es cierto. Al cabo, llegan a heriros el corazón. Ya no se sabe lo que son. Yo diría que hacen el ademán de vivir, pero nunca llegarán a concluir una muerte, una muerte auténtica, a mo-

rir auténticamente. Sí, yo querría al menos enseñarles a morir como desdichadas criaturas de Dios, a morir como hombres!»

La joven aspira a un sacrificio total. Pero, siguiendo los consejos del P. Chévance, desconfía de todo cuanto le quite la paz. Ante la pobreza se pregunta: «¿A quién puede afectarle ser pobre en las manos de un Señor más rico que todos los reyes?» Una pobreza sobrenatural había brillado desde su infancia sobre ella. «Estaba contenta de que Dios se hubiera esforzado en despojarme con tanta diligencia, hasta el punto de que me resultara imposible ser más pobre. Me comparaba a un desgraciado a quien sólo le quedasen algunas monedas en el bolsillo, y que de pronto se diera cuenta de que aquellas monedas eran precisamente las que habían ya quedado fuera de curso.»

Novela psicológica, *La alegría*, permite a Bernanos abrir con un bisturí el alma de unos personajes, que aparecen desnudos ante el afán analizador de nuestras miradas. El proceso de disección a que somete el alma ingenua y pura de Chantal, se reproduce, aunque no con tanta extensión, en personajes como La Pérouse, el psiquiatra, o el P. Cénabre, sin que dejen de intrigarnos las breves y rápidas pinceladas con que evoca al confesor de la chica, el ya difunto P. Chévance.

FRANCISCO SALVÁ MIQUEL

EL PAPA A LOS ESPAÑOLES

PIO XII

1939

Ante el recuerdo de las ruinas acumuladas en la guerra civil más sangrienta que recuerda la historia de los tiempos modernos. Nos, con piadoso impulso, inclinamos ante todo nuestra frente a la santa memoria de los obispos, sacerdotes, religiosos de uno y otro sexo y fieles de todas edades y condiciones que en tan elevado número han sellado con su sangre su fe en Jesucristo y su amor a la religión católica: «*Maiozem hac dilectionem nemo habet.*» «No hay prueba de amor.»

(Io. 15-13)

La suma teológica y sus contrastes con la ciencia

(continuación)

El cuerpo humano, inmerso en el universo corpóreo, interacciona con él, mediante las cualidades activas (energía, luz, calor, energía potencial de tendencia a estructuras de las especies, energía cinética de movimiento impreso por sustancias espirituales) y pasivas (rigidez, fluidez, «humedad», grados de libertad, valores propios). El condicionamiento de la interacción física determina los movimientos de los órganos sensoriales del cuerpo humano (vibraciones), que despiertan en las potencias sensitivas del alma los colores, los tonos y las demás sensaciones ligadas al cuerpo esencialmente; sobre estas sensaciones el alma intelectual abstrae las especies inteligibles. El sentido aprehende su propio movimiento, pero éste depende del cuerpo propio y de los demás cuerpos del resto del universo corporal. Si las cuerdas del piano tuvieran alma sensitiva, oírían lo mismo que oye el oído cuando vibra por simpatía con la misma frecuencia que la cuerda de piano, pero no oyen porque su forma no es nada más que el estado de la cuerda en cada momento de la vibración.

Las cualidades sensibles que no se sienten son aquellas que no permiten sintonía del propio cuerpo con el resto del universo, por no poder vibrar el cuerpo a determinadas frecuencias. Lo corporal que vibra impulsado por el acto energético es el sistema formado por el cuerpo del animal junto con el resto del universo. Del mismo modo que cuando el órgano del sentido está alterado no puede la sensibilidad hacerse una con lo conocido en determinadas sensaciones, el cuerpo natural tiene ciertas determinaciones materiales que no le permiten más que la sintonía con la principal gama de cualidades naturales; por eso hay infrarrojos, ultravioletas y ultrasonidos que no se ven ni oyen; eso es accidental y puede ser que en el mundo futuro renovado se perciban todos, porque la afección del cuerpo no se dará para esas cualidades ni para las demás.

El oído es para oír sonido, no oídos; el ojo es para ver color, no ojos. En cambio el entendimiento puede entenderse. La psicología moderna descubre un subconsciente inalcanzable porque busca siempre con los sentidos, y el sentido no se conoce a sí mismo. Los animales, que sólo tienen conocimiento sensitivo, sienten más vehementemente lo otro que a sí mismos; es de esencia del sentido el suponer la acción de lo otro; incluso la percepción de la propia posición se hace con una cierta oposición entre el sujeto y lo percibido, aunque en este caso lo percibido sea algo del propio sujeto; la idea que tiene la psicología moderna de subconsciente como algo inaccesible, proviene también de confundir la inteligencia con la imaginación y de querer alcanzar con la sensibilidad la propia sensación, cosa imposible al sentido.

El sentido es consciente de su pasión; la inteligencia es consciente de su acción. El sentido está en un cuerpo cuyo movimiento pasivo percibe; en cambio la inteligencia separada mueve al cuerpo, y la unida al cuerpo como forma mueve a la imaginación, y a través de ella controla al cuerpo: «Las realidades sensibles están en acto fuera del alma y, por tanto, no hay necesidad de un sentido agente; así se comprende que todas las potencias nutritivas sean activas y las sensitivas pasivas, mientras que las intelectivas son en parte activas y en parte pasivas.» (S. Tth. I q79 a3 sl.)

La luz corporal es externa al hombre aunque sólo consistiera en las perturbaciones electromagnéticas de las células más interiores del sistema nervioso; la luz intelectual es interna; por eso no hay sentido agente y sí entendimiento agente. El sentido es activo pero no actuante como el entendimiento agente que pone en acto inteligible a las imágenes, cosa distinta de él.

Para la luz natural hay muchas fuentes de luz que no coinciden con las potencias sensibles y por tanto les son exteriores; se llaman comun-

mente centros emisores de energía. Para la luz inteligible también hay muchas fuentes, pero coinciden todas con los entendimientos posibles en cada hombre particular. Los centros de atracción de la energía potencial son, para cada punto material, todos los restantes puntos del universo material; son exteriores y totalmente distribuidos. Pero todo está unificado en relación con el acto supremo que es Dios.

La intencionalidad espiritual se distingue de la material en que ésta no es aún nada en acto y cuando se satisface se consigue una forma concreta y no otra; en cambio, la espiritual es ya desde un ser y cuando se satisface quedan excluidas las formas distintas. La potencialidad del entendimiento posible es parecida a la de la materia prima, y la apetencia al modo de una hembra que tiene la materia, como dice Aristóteles (Física I, 192a), también la tiene el entendimiento posible. La apetencia del cognoscente es como un estar mirando aquello de lo que tiene in-tensión; unos ojos abiertos tienen intencionalidad de luz. El entendimiento posible está abierto a todo lo que sea de alguna manera. El sentido está abierto a la comunicación del acto energético que imprime movimiento al universo y que es luz y sonido; los cuerpos dejan transparentar distintos aspectos de este acto y así se dan los colores y los tonos agudos y graves.

En una reacción exotérmica no es que la materia emita luz, sino que lo parece porque el generante activo está detrás de la materia impulsándola a la nueva forma; los reactivos hacen de molde material de la nueva forma, por eso hay semejanza entre el producto de la reacción y los reactivos. Ese molde son las «rationes seminales» de San Agustín; maternas, materiales, pero seminales. La semejanza entre reactivos y productos da lugar a lo que se llama existencia virtual de los componentes en el compuesto. El generante es el acto energético que imprime la forma y se manifiesta en luz y colores a los sentidos animales. Ese generante que está detrás de la materia es la causa de que puedan generarse espontáneamente las sustancias minerales. En las formas superiores se requiere mayor preparación de la materia, y, por eso, tiene su papel la hembra; desde la materia prima misma no hay posibilidad aún de que haya madre actual; el primer acto infusor de formas actúa en las formas elementales directamente y tampoco hay instrumen-

tos paternos, como los hay en la generación de formas superiores.

La pasividad de la materia hace como de madre del conocimiento sensitivo, y la energía como de padre; la luz intelectual es como padre del conocimiento intelectual y la sensibilidad animal hace como de madre del conocimiento intelectual.

La potencia del entendimiento posible y el que el sentido esté en potencia, tiene que entenderse como si se imaginara que toda la materia prima, con toda su potencia, estuviera concentrada en un solo punto que sería el entendimiento posible del hombre o el sentido común del animal. El sentido común pasa al acto por una luz exterior, la corporal; el entendimiento posible por una luz interior, el entendimiento agente, la autopresencia de la mente en su ser.

Estas potencias, abiertas intencionalmente a toda cualidad o a toda esencia, son las que hacen cognoscente al que las posee; son potencias no desparramadas como la de la materia prima, sino concentradas en la unidad de un solo ser; ese tipo de potencias son lo que permite que existan seres abiertos a los demás. El sentido puede tener todas las cualidades, y las tiene mediatizado por las condiciones materiales del universo, lo que permite hacerse al animal con una imagen de sus determinaciones, mediante la óptica geométrica del ojo, por ejemplo, con lo que conoce forma y materia de lo que le envuelve.

La luz natural es la participación por parte de las sustancias corpóreas, del poder manifestativo del ser supremo, de ahí la posibilidad de su actividad; igual ocurre con la luz del entendimiento agente. La luz natural se ve, en su acción sobre lo corpóreo, determinada por la configuración material del universo, y la del entendimiento agente por las imágenes de la imaginación del hombre animal; de ahí la posibilidad de referencia indirecta a lo particular por parte del espíritu humano.

De la participación del poder manifestativo y difusivo del bien del ser supremo viene la posibilidad de poner en acto la materia prima y la potencia sensible por parte de la luz natural, y el entendimiento posible por parte del entendimiento agente. Es la luz la que hace a los vegetales (función clorofílica) y es la luz la que hace a los cuerpos mixtos; por eso $E=mc^2$, cuando devuelven al universo la luz que los hizo. La luz hace los compuestos del molde material que son los

reactivos; la luz de la reacción exotérmica es el resto de energía formante que el compuesto no puede contener sin romperse, y sale fuera porque el acto energético impulsor actúa desde dentro.

Igual que la luz del entendimiento agente, que pone en acto la potencia del entendimiento posible, no es la misma que la luz natural que pone en acto la potencia del sentido, no tienen por qué ser iguales la luz natural y la energía que actualiza la potencia de la materia prima. Una es la luz intelectual, otra la luz natural y otra la causa de la energía cinética. Los ángeles no pueden infundir formas en la materia prima y son los que mueven los cuerpos causando lo que se llama inercia del movimiento cósmico, pero la inercia del movimiento no es lo mismo que la energía mecánica potencial que produce la elasticidad y que podría decirse que es el acto a que tienden las fuerzas naturales. La infusión de formas en la materia prima la hace el acto capaz de influir «in-tensión» en ella, la cual da lugar a las fuerzas naturales y que representan la parte corporal de la energía física. La luz natural es algo superpuesto a los cuerpos; les es en cierto modo exterior aunque surja de su interior a veces; parece y se puede pensar que surge de su interior, pero el acto participado es siempre exterior a aquello que lo participa.

Esta manera de ver las cosas hace comprensible aquellas luminosas expresiones de los genios del pensamiento humano como San Isidoro de Sevilla: «Nada existe sin música; el universo entero es una trama de sonidos armónicos y hasta los mismos cielos giran bajo los tonos de esa armonía.» (Etimologías; La Música, libro III cap. 15-17). Cuando el espíritu toca a la materia, se transparenta en ella algo de su luz y armonía; una nota musical es lo que la pasividad la materia deja manifestar del acto energético que la mueve. El sonido es al tono como la luz al color, y el color es cualidad pasiva.

El acto hace vibrar a la materia y la vibración comunicada hace participar del acto de la luz y el sonido al sentido. El biógrafo de Bach, Albert Schweitzer (1875-1965) ha escrito en algún sitio que cuando escucha una cantata de Bach es cuando se siente más próximo a Dios. Será porque hay algo en la música que fisiológicamente no es totalmente humano, es como una puerta abierta al misterio religioso; se abrirá al hombre un universo que se nos escapa totalmente, excepto, quizás, en los instantes de éxtasis musical o místico.

El ser de las cosas es un ser sonoro y luminoso, pero la materia existe; conviene notar que aunque materia no es lo mismo que masa ni extensión, las determinaciones extensivas materiales hacen que la percepción de luz y sonido sea en forma de color y tono.

La luz es manifestativa, pero si sólo pensamos en la manifestación nos quedamos sin nada que manifestar; como la luz inteligible es la comunicación del «esse», la luz natural es también la actualidad comunicándose a los cuerpos y de los cuerpos al sentido. Por eso decimos que el sonido es angélico y que la luz es divina. Las vibraciones son la respuesta pasiva de la materia a las energías cósmicas divinas y angélicas. Color, calor y tono son lo que la materia deja expresar de la manifestatividad del acto espiritual; las cualidades sensibles son destellos divinos.

El principio de la cualidad es la forma, luego la luz, el color y el sonido están en la línea del acto; las sensaciones son destellos de la divinidad y de la luz angélica en los cuerpos; como los destellos coloreados de un diamante a la luz del sol; y esto no es una simple metáfora, es una analogía metafísica.

La Virgen de Guadalupe se apareció rodeada de sol al indio Juan Diego de las tribus que adoraban al sol; no hay peligro de idolatría cuando se adora a lo que está detrás del sol: Dios.

Toda vibración es el resultado de una acción sobre algo pasivo de un cierto modo; como la acción es comunicación, las vibraciones son sonoras y luminosas; como el modo de pasividad las determina, son armónicas y cromáticas. Con los oídos oímos la acción de los ángeles en los cuerpos y con los ojos vemos la acción de Dios en la materia. Los sentidos se unen a Dios y los ángeles participando de su luz y su canto según el color y tono que permite la materia.

Lo que se ve es físicamente reflejo de Dios en las criaturas y lo que se oye es físicamente eco y resonancia del espíritu angélico en los cuerpos. La realidad es más subyugante todavía que aquello de San Juan de la Cruz: «Al pasar el Amado por las criaturas, vestidas las dejó de su hermosura.» (Cantico Espiritual, 5); es que el Amado pasa ahora, y son ellas esplendor de su belleza; como era en el principio, es ahora y será por los siglos de los siglos: acaricia el Amado a sus criaturas y ellas transparentan su cariño.

M. M. DOMÉNECH I.

GOIGS EN LLOANÇA DE LA MARE DE DEU DE MONTSERRAT

Esçrits per Mn. Jacint Verdaguer, Prev. i il·lustrats amb sis xilografies de la Moreneta, antigues i anònimes.



Puix floríu com una rosa
en lo cor del Principat:
*Mirau-nos sempre amorosa
Princesa de Montserrat.*

Quan Jesús en creu expira,
angelets amb serra d'or
serraven vostra cadira,
gentil Reina de l'amor;
vos la feren tan hermosa
que hi seguèreu de bon grat.
Mirau-nos...

Barcelona us ha tinguda
com sa perla un ric anell,
mes del moro combatuda
vol salvar tan ric joïell;
la muntanya s'és descllosa
per tenir-lo ben guardat.
Mirau-nos...

Les estrelles vos mostraven
molts dissabtes a uns pastors,
mentre els àngels les baixaven
tot cantant himnes a òrbs;
d'aqueix cel que en terra es posa
vol gosar-ne el bon Prelat.
Mirau-nos...

*Y. Els seus fonaments dalt la muntanya santa. R. El Senyor estima les portes de Sió més que de Jacob
tots els tabernacles. P R E G U E M O Déu, Vós que concediu tots els béns, i que glorifiquen amb un
culte insigne la muntanya escollida per l'excelsa Mare del vostre Fill unigènit; feu que, ajudats amb
la poderosa protecció de la Immaculada sempre Verge Maria, puguem arribar amb seguretat a la
Muntanya, que és el Crist, que amb Vós viu i regna per tots els segles dels segles. Amen.*

Vostra olor de primavera
va guiant-lo al lloc feliç
on floríeu, Rosa vera
del roser del paradís.
El perfum d'aqueixa Rosa
per lo món serà escampat,
Mirau-nos...

En sos braços vos ha presa,
plorant llàgrimes d'amor,
per portar-vos a Manresa
on tindreu retaula d'or.
Processó majestuosa
va cantant per lo serrat.
Mirau-nos...

Arribant a on sou ara,
no voleu passar avant;
com que sou la nostra Mare,
voleu veure'ns d'aquí estant;
a sa Mare bondadosa
Déu per fills nos ha donat.
Mirau-nos...

En vostra santa capella,
vos vingué a veure Colón,
i potser fóreu l'estrella
que el guiàreu al Nou Món.
Quan als peus d'Espanya el posa
Vós un temple hi heu fundat.
Mirau-nos...

A Joan d'Àustria guiàreu
a les aigües de Lepant,
amb ses naus allí enfonsàreu
a Mahoma agonitzant.
Amb la creu victoriosa
la mitja lluna ha eclipsat.
Mirau-nos...

Sant Ignasi de Loyola
fundà amb Vós la Companyia;
i aprengué en la vostra escola
qui fundà l'Escola Pia.
De Nolasc guia amorosa,
molts captius heu llibertat.
Mirau-nos...

Desdelcim d'eixa muntanya
beneu nostre país,
beneu tota l'Espanya,
féu-ne vostre Paradís.
Dels fidels Pastora hermosa,
beneu vostre ramat.
Mirau-nos...

Puix floríu com una rosa
en lo cor del Principat:
*Mirau-nos sempre amorosa,
Princesa de Montserrat.*